

-REVISTA “Ó NOSO LAR” DEL “LAR GALLEGO” DE AVILÉS (ASTURIES); NÚMERO-33- AÑO 2011-

-LA BATALLA DE LAS TERMÓPILAS. EL REY LEÓNIDAS DE ESPARTA FRENTE AL GRAN REY JERJES DE PERSIA-

-JOSÉ MARÍA MANUEL GARCÍA-OSUNA Y RODRÍGUEZ-

(DOCTOR EN HISTORIA ANTIGUA Y MÉDICO DE FAMILIA)

(De la ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE MÉDICOS ESCRITORES Y ARTISTAS.

ASEMEYA. Madrid)

(Historiador-Colaborador de la FUNDACIÓN GUSTAVO BUENO. Oviedo)

(Historiador de HISTORIA-16. Madrid)

(De la ASOCIACIÓN CULTURAL PROCULTO. Toro)

(De la ASOCIACIÓN CULTURAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE GALICIA. La Coruña)

(De la ASOCIACIÓN CULTURAL DEL CENTRO DE ESTUDIOS MERINDAD DE TUDELA.
Tudela)

(Del CENTRO DE ESTUDIOS LINARENSES. Linares)

(De la ASOCIACIÓN CULTURAL “ARTE, ARQUEOLOGÍA E HISTORIA”. Córdoba)

(De la ASOCIACIÓN CULTURAL PLACENTINA PEDRO DE TREJO. Plasencia)

(De la ASOCIACIÓN CULTURAL DE RAÍCES LACIANIEGAS. Villablino)

(De la ASOCIACIÓN CÁTEDRA-PROMONUMENTA. León)

(De la ASOCIACIÓN CULTURAL DE ARS ET SAPIENTIA. Cáceres)

(Del INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS, “FLORIÁN DE OCAMPO”. CSIC.
Zamora)

(De la IMPERIAL COFRADÍA DE ALFONSO VII EL EMPERADOR Y EL PENDÓN
DE BAEZA. AÑO 1147. León)

(Del ATENEO DE VALLADOLID, 1872. Valladolid)

(Del INSTITUT D’ESTUDIS GIRONINS. CSIC. Girona-Gerona)

(De la REAL ACADEMIA DE MEDICINA DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS. IDE.
Oviedo)

(De la SOCIEDAD CULTURAL SAN BARTOLOMÉ DE SAN MARTÍN DEL REY AURELIO.
Sotrondio)

(De la REIAL SOCIETAT ARQUEOLÒGICA TARRACONENSE. CSIC. Tarragona)

(VARIAS PUBLICACIONES EN DIALNET-UNIVERSIDAD DE LA RIOJA Y EN
REGESTA IMPERII-UNIVERSIDAD DE MAGUNCIA)

(Del CÍRCULO CULTURAL PÉNDULO-PAPELES DE BASTITANIA. UNESCO. Baza)

(Libros publicados: 1º) EL GRAN REY ALFONSO VIII DE CASTILLA, EL DE LAS
NAVAS DE TOLOSA-ALDERABÁN; 2º) BREVE HISTORIA DE FERNANDO EL
CATÓLICO-NOWTILUS)

(Del CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE GRANADA Y SU REINO.
UNIVERSIDAD DE GRANADA. CSIC. Granada)

(Del CENTRO DE ESTUDIOS BENAVENTANOS, “LEDO DEL POZO”. CSIC.
Benavente)

(Del CENTRO DE ESTUDIOS FENICIOS Y PÚNICOS. UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE. CSIC. Madrid)

(Del CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS JEREZANOS. CSIC. Jerez de la Frontera)

(De la ASOCIACIÓN REY ORDOÑO I. Villamejil)

(Del ATENEO JOVELLANOS. 1953. Gijón)

(Del INSTITUTO DE ESTUDIOS BERCIANOS. Ponferrada)

(De la ASOCIACIÓN CULTURAL “AMIGOS DE CUDILLERO”. Cudillero)

(De la ASOCIACIÓN AMIGOS DEL MUSEO MARÍTIMO DE ASTURIAS. Luanco)

(De la COFRADÍA DE LAS SIETE PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ. León)

(De la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS. CSIC. Madrid)
(Jurado del I CONCURSO TRABAJOS CORTOS DE INVESTIGACIÓN EN HISTORIA DE LA MEDICINA EN ASTURIAS. Oviedo)
(De la ASOCIACIÓN BELENISTA DE OVIEDO. Oviedo)
(De la ASOCIACIÓN BELENISTA DE GIJÓN. Gijón)
(De la AGRUPACIÓN BELENISTA LA MORANA. Zamora)
(De la ASOCIACIÓN DE BELENISTAS DE SEVILLA. Sevilla)
(MÉDICO VALORADOR DE DISCAPACIDADES Y DE DAÑOS CORPORALES POR EL COLEGIO DE MÉDICOS DE ASTURIAS. Oviedo)
(De la CASA DE LEÓN EN ASTURIAS. Gijón)
(De la CASA DE LEÓN EN MADRID. Madrid)
(De la ASOCIACIÓN EL MANAHORIO. Los Barrios de Gordón)
(De la ASOCIACIÓN AMIGOS DE LA HISTORIA NAJERILLENSE. Nájera)
(De la ASOCIACIÓN BURSABOLENSE DE ARQUEOLOGÍA, ARTE E HISTORIA. Bujalance)
(De la CASA DE ZAMORA EN MADRID. Madrid)
(Del CENTRO ASTURIANO DE MADRID. Madrid)
(De la ASOCIACIÓN CULTURAL FERNANDO EL CATÓLICO. Madrigalejo)
(De la ASOCIACIÓN CULTURAL LOS DUENDES DE TOLIBIA. Tolibia de Arriba)
(De la ASOCIACIÓN BELENISTA LEONESA. León)
(De la ASOCIACIÓN HISPANIA NOSTRA. Madrid)
(De la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS MEDIEVALES. CSIC. Madrid)
(Del COLECTIVO CIUDADANOS DEL REINO DE LEÓN. Salamanca)

RESUMEN

El presente trabajo nos acerca a todo lo que supuso la epopeya espartana en las Termópilas, frente al todopoderoso Imperio Persa del Gran Rey Jerjes, su sacrificio permitió a la Europa de la Antigüedad evitar que la sociología asiática invadiese su tierra, el rey Leónidas demostró de que esencia estaban hechos los lacedemonios. Todo el comportamiento de los persas de la época, está contemplado en este momento de la confrontación bélica.

Palabras Clave

Esparta-Persia-Termópilas-Leonidas-Jerjes-Autoinmolación-Temístocles.

1.LA SOCIEDAD Y LA POLÍTICA EN ESPARTA HACIA EL AÑO 485 A.C.-

“Caminante, ve a la ciudad (Esparta) y di a los lacedemonios (espartanos) que aquí yacemos sus hijos, por defender (obedecer) sus leyes” (Simónides de Ceos). Los espartanos que hacían honor y blasón del orgullo por su patria y su extraordinaria valía como soldados, no eran tan amigos de la libertad como aparentaban. Durante siglos dominaron sin ningún rubor a la población aborigen del Peloponeso, los antiguos aqueos, a los que llamaban ilotas o cautivos. El ejército espartano era la única milicia ciudadana helénica permanente. No eran militaristas, ya que no disfrutaban, *per se*, con la guerra, sus ejércitos habían sido creados, sobre todo, para dominar y reprimir a los ilotas. Era una sociedad en alerta permanente. Aristágoras de Mileto, hacia el año 500 a.C. visitante de la polis espartana, que era un jonio y por lo tanto adversario de la concepción social de los dorios o espartanos o lacedemonios, pero que estaba necesitado de los belicosos habitantes de Laconia para apoyar la sublevación de los jonios del Asia Menor contra los persas, el citado personaje era un tirano que dominaba en la ciudad madre del matemático Tales, por el patrocinio de Histieo, que lo había precedido en el poder y el apoyo de su propio ejército y que contaba, además, con el respaldo del sátrapa persa de Sardes, era un colaboracionista de Persia. Uno de los dos reyes del momento, en Esparta, era Cleomenes, que era muy poderoso y dictaba sus órdenes a la *gerousía* o Senado espartano, que estaba conformado por 28 miembros electos, por todo ello imponía sus designios políticos al margen de lo que opinasen los ciudadanos de Esparta. Según Heródoto de Halicarnaso, la única persona que influía, decisivamente, sobre el rey, era su hija de ocho años, Gorgo, que más adelante se casaría con Leónidas, hermanastro regio de Cleomenes; Aristágoras había conseguido, con sobornos, volcar la voluntad regia hacia sus necesidades, momento en que

Gorgo recordó a su padre cuáles eran sus deberes morales y regios. Pero el hecho real e incontrovertible en contra del tirano milesio, era que para conquistar Susa, la rica capital persa, el ejército de Esparta debería realizar una larga marcha de tres meses por Asia Menor, lejos de sus tierras patrimoniales bañadas por el mar Egeo, pero como los lacedemonios no tenían, en esencia, experiencias de expediciones navales en sus presupuestos militares, el susodicho tirano de Mileto se dirigió, entonces, a Atenas, con las manos vacías y aquí sí obtuvo la ayuda deseada. Heródoto elogia, por primera y única vez al rey Cleomenes, hacia el que demuestra una continua animadversión en todos sus escritos, pero en este caso analiza lo descabellado que era la revuelta milesia contra el Imperio Persa.

Cleomenes había obtenido el trono según le correspondía, por herencia, a una de las dos familias regias de Esparta, en este caso la de los Agiadas, en el año 520 a.C., pero con una evidente controversia, ya que era el hijo del segundo enlace matrimonial del rey Anaxándridas, esposa con la que estaba en régimen de bigamia. Dorieo, el primogénito de su primera mujer, vio rechazado su derecho a la sucesión, al haber nacido después que su hermanastro Cleomenes y tuvo que expatriarse, para acabar muriendo en Sicilia. En el año 515 a.C. la otra dinastía real, la de los Euripontidas, coloca en el trono a Demarato, que poseía una legitimidad dudosa, los dos reyes mantuvieron una tormentosa relación; en el año 506 a.C. rompieron lanzas, públicamente, y Demarato llevó la peor parte. A mediados del siglo VI a.C. la potencia espartana era ya muy poderosa, por lo que el rey Creso de Lidia demandó su ayuda para poner coto a los persas, en suma todo ciudadano espartano adulto era un integrante del formidable cuerpo de hoplitas del ejército de Esparta. Las armas provenían de un arsenal que mantenían y abastecían los periecos (*períokoi* o moradores de la periferia), quienes conformaban el estrato social intermedio, y que debían fabricar las propias armas para la milicia espartana, ya que el lacedemonio tenía prohibido practicar cualquier comercio o arte que no fuese el de la guerra tal cual. Con el paso del tiempo estos habitantes, libres, pero sin derechos políticos, serían las tropas auxiliares de la milicia espartana. Los hoplitas se adiestraban continuamente, ya que los ilotas amenazaban, de continuo, con revolverse contra sus amos lacedemonios. Para evitarlo, al comenzar un nuevo año civil, los éforos (“supervisores”), que eran los cinco funcionarios electos de más categoría en Esparta, declaraban la guerra, formalmente, a los ilotas, los rebeldes podían ser matados con total impunidad, sin que existiese el más mínimo problema religioso por ello. Los éforos se encargaban de que el sistema educativo o *agoge* lacedemonio funcionase, la obtención del título académico era condición *sine qua non* para poder acceder al estrato ciudadano de pleno derecho u *hómoioi* o iguales o pares. Las niñas estaban sometidas al mismo sistema de aprendizaje, pero separadas de los varones.

A los siete años los niños van a salir del hogar familiar para alojarse en barricadas escolares; como la alimentación era paupérrima debían robar comida para poder sobrevivir; con este comportamiento, permitido por la *agoge*, se desarrollaban las facultades del sigilo, la sorpresa y el ingenio, que eran vitales para la guerra, pero si eran descubiertos el castigo era muy severo. La necesidad de obedecer era inevitable y su eficacia pedagógica estaba garantizada. Otro de los hechos de la educación primordial de los jóvenes espartanos, estribaba en la relación de pederastia que se producía entre un guerrero ciudadano soltero o suspirante (de 20 a 25 años) y un adolescente u oyente (de 14 a 18 años). La relación tan desigual era una especie de rito de iniciación para dar el paso hacia la madurez. Todo lo que antecede subraya la reputación, ciertamente exagerada, de que los lacedemonios eran los griegos más adictos a la sodomía. Un ejemplo del hecho citado es el del rey Agesilao II, que fue oyente de Lisandro, el personaje más influyente de Grecia, hacia el año 400 a.C. En el ciclo formativo de los niños espartanos primaba, también, como es lógico, la buena forma física. Los niños eran educados para ser guerreros y las niñas para el honor de ser esposas y madres de futuros guerreros, pero no podían aspirar a ser iniciadas en el valor críptico del vocablo *andreía* u hombría o coraje. En Esparta se otorgaba un gran valor a la *teknopoía* o creación de niños, por el temor a la superioridad demográfica de los ilotas, la mujer con formación atlética, que incluía lucha,

jabalina, canto y danza, eran mejores madres, las niñas vivían en la casa familiar con sus madres hasta que se casaban, pero no realizaban labores domésticas como en el resto de Grecia, tales como cocinar, limpiar y confeccionar ropa, ya que todo esto estaba a cargo de las mujeres ilotas, por supuesto no alimentaban a sus recién nacidos, que quedaban a cargo de las nodrizas o niñeras provenientes de la esclavitud; pero se garantizaba que la parte femenina de la sociedad interiorizase los principios, preferentemente masculinos, del Estado espartano. La mujer en Esparta no acataba las estrictas y austeras leyes de Licurgo, mítico legislador de la polis lacedemonia. Se inclinaban al lujo y a las riquezas, pudiendo ser dueñas de bienes inmobiliarios, lo que era excepcional entre las griegas, se las acusaba de indisciplinadas y cobardes, porque por ejemplo cuando los hoplitas tebanos devastaron los campos de Laconia (años 370-369 a.C.) ante sus ojos, ellas no reaccionaron. Pero Jenofonte las alaba por su estoicismo al afrontar la muerte de sus hombres en la batalla de Leuctra (año 371 a.C. contra los tebanos de Epaminondas).

La segunda clase social en Esparta era la de los periecos, hypomeiones, neodamodeis, mothakes, brasideoi, despoionautai, erykteres y tresantes, que con sus ocho decenas de poblaciones eran la primera línea de defensa contra los ilotas. Con sus ocho mil kilómetros cuadrados, Esparta era el Estado griego más extenso de Europa, era el doble del territorio de la siciliana Siracusa que ocupaba el segundo puesto. En el año 550 a.C. creó la primera coalición fuera de sus dominios y fue con la arcadia Tegea, luego siguieron sus alianzas por todo el Peloponeso hasta el istmo de Corinto, en el siglo VI o inicios del V a.C. y luego hasta la Grecia central, incluyendo Megara y Egina. La coalición se fundamentaba en los juramentos de los demás Estados griegos de lealtad subordinada a Esparta, a la cual debían respaldar militarmente en caso de necesidad; los lacedemonios defendían sus regímenes oligárquicos, lo que sería muy importante tras la conversión de Atenas en una democracia (año 508 a.C.). Sólo Argos se resistiría y sería aplastada por los lacedemonios en el año 545 a.C. En el año 512 a.C., tratando de derrocar a la dinastía ateniense de los descendientes de Pisístrato, atacó a Atenas por tierra, ya que la polis del Ática tenía una estructura sociopolítica opuesta a la de los lacedemonios, por principio, aunque Esparta estaba en contra, siempre, del despotismo y por ende de sus representantes que eran los tiranos o autócratas. La religiosidad de los lacedemonios era extrema y cuando habían atacado a los atenienses, gobernados por Hipias (año 510 a.C.), se habían fundamentado en los oráculos delficos que apoyaban ese conflicto bélico; el rey Cleomenes de Esparta los expulsó y el ateniense tuvo que exiliarse y hacerse cliente del Gran Rey Darío I de Persia, así se otorgaba carta de naturaleza a la institucionalización de la tiranía ateniense con el obligado apoyo de los persas, este vínculo ya existía en el lado jonio asiático del mar Egeo. En el año 508 a.C. Cleomenes ocupó la Acrópolis ateniense durante varias jornadas, aunque la mayor parte de los ciudadanos atenienses no deseaban su intervención y apoyaban las reformas democráticas de Clístenes, opuesto a la tiranía anterior, pero el rey de Esparta prefería una solución política antidemocrática colocando en el poder a Iságoras, enemigo declarado de Clístenes, como tirano colaboracionista. Todo este tipo de actuaciones espartanas dejan en suspenso la tan notoria oposición espartana a las tiranías o autocracias. Cleomenes se vio copado en la Acrópolis y tuvo que retirarse a Laconia de forma ignominiosa, pero consiguió la temporal expatriación de Clístenes, por segunda vez. No obstante el demócrata ateniense no tardó en regresar y sus reformas prosperaron. En vista de la adversa situación producida para sus intereses, Cleomenes preparó un ejército conformado por espartanos y sus coaligados.

“Asimismo, había dispuesto coordinar la invasión desde el Peloponeso, a través del istmo de Corinto, con ataques acometidos contra Atenas desde Beocia –al mando de los tebanos– y la ciudad eubea de Calcis. Sin embargo, cometió dos errores. En primer lugar, si bien sus aliados tenían claro en un principio que el objetivo de la empresa consistía en implantar en Atenas el dominio espartano, en un segundo momento se hizo manifiesto que lo que pretendía realmente el rey atacante era repetir el plan del año 508 a.C. y erigir a Iságoras en tirano. En consecuencia, algunos de los estados más importantes de cuantos lo apoyaban, y en especial Corinto, no pudieron menos de pensar que Cleomenes estaba extralimitándose con respecto al cometido por el que había dicho estar guiándose, y los

corintios tenían aún demasiado fresco el recuerdo de su propia tiranía”¹. El segundo error fue que intentó poner en práctica sus designios, sin el apoyo, necesario, del otro rey espartano del momento, Demarato, que en un instante determinado de la campaña, de acuerdo con los corintios, se retiró a Esparta; por lo tanto la guerra contra Atenas se transformó en algo caótico; los beocios y los calcídicos, siguieron hacia el norte y el este, pero Atenas los derrotó de forma estrepitosa, esta polis luchaba por su identidad democrática recién estrenada. Esparta hizo un último intento, año 504 a.C., para reponer al vetusto Hipias, hijo de Pisístrato, que se hallaba en la corte persa como refugiado, pero fracasó porque los aliados de la naciente Liga del Peloponeso se negaron, tras la votación celebrada en la propia Esparta, que contó con el apoyo del rey Demarato. Este nuevo sistema otorgaba a Lacedemonia, exclusivamente, el papel hegemónico en las futuras guerras contra el Imperio de Persia.

Aristágoras de Mileto tras estudiar la idiosincrasia lacedemonia, aconsejó a los espartanos que abandonasen sus viejos enfrentamientos contra mesenios, arcadios y argivos, por causa de un puñado de insignificantes parcelas y, además, poco fértiles. En la década del año 490 a.C., los espartanos de Cleomenes entraron en guerra contra su enemigo ancestral, la polis de Argos, y la derrotaron de forma humillante, hasta tal punto que en el discurrir de toda una generación, los argólidas no estuvieron preparados para ningún tipo de aventura bélica. Heródoto escribe que tras la batalla de Sepea (año 494 a.C.) los argólidas, varios miles de supervivientes, se refugiaron en un bosque sagrado como suplicantes y allí ordenó Cleomenes, para no mancharse las manos, a los ilotas de su guardia que prendiesen fuego al bosque, por lo que acabó, con este sacrilegio, con la vida de los refugiados; no obstante al regresar a Esparta fue juzgado, acusado de un crimen capital como era el no haber conquistado a la propia Argos. Su acusador, cómo era de rigor, fue Demarato, el otro rey espartano, rival y enemigo, en el edificio de la *gerousía*, ante los cinco éforos y a puerta cerrada. En primer lugar se celebró una vista preliminar o *anákrisis* ante los éforos, donde Demarato tendría todo a su favor, pero Cleomenes, con su habitual astucia, salió indemne al manifestar, en el templo de Hera en Argos, que del pecho divino había brotado una llama y no de la cabeza de la diosa, lo que demostraba que no podría conquistar la ciudadela de los argólidas, las razones fueron consideradas “dignas de crédito y perfectamente lógicas”².

Todo lo que antecede va a demostrar que, tras los pilares educativo y militar, el tercero debería ser el de la piedad o la religiosidad de los lacedemonios, quienes “anteponían su



Jerjes, Magnus Basileus.

obediencia al dios a su lealtad a los hombres”³. Su vida se definía por tres valores ineluctables: orden, jerarquía y obediencia ciega. Los dioses estaban en el vértice de una pirámide altísima de dominio autoritario y todos ellos se representaban con armas y armadura. Los espartanos se esforzaban hasta lo indecible, por medio de oráculos o de las entrañas de los animales, para conocer cuál era la voluntad o el deseo de los dioses. Jenofonte los calificó como “artesanos expertos en asuntos militares”. Su legislador, Licurgo, había tenido ya un gran interés en liberar a los lacedemonios del temor debilitador a la muerte y al propio hecho de morir, por lo que los muertos eran enterrados entre las casas de los vivos, en el interior de la zona común del asentamiento y no en cementerios separados y a cierta distancia de los lugares habitables. Por lo tanto los espartanos eran los únicos helenos que no creían en que sepultar a un muerto comportaba

¹ P. Cartledge. “Termópilas”, 2007.

² Heródoto, 6. “Historia (Ed. Balasch)”.

³ Heródoto, 5, op. cit.

contaminación (*miasma*) automática, los restos incinerados o inhumados otorgaban solidaridad y fuerza a la comunidad. Los restos de los criminales, condenados a la pena de muerte, eran arrojados a un barranco, el Ceada, al oeste de Laconia, cerca de la entrada al desfiladero de Langada, que atraviesa la cadena montañosa del Taigeto hasta la proximidad de Mesenia.

Los recién nacidos tenían que ser sometidos a una inspección ritual llevada a cabo por los más ancianos de la tribu, ya que la calidad para la demografía espartana era esencial. Se los sumergía en un baño de vino sin diluir, para comprobar su reacción, sino pasaban la prueba los llevaban a los depósitos (*apothetai*), desde donde se los lanzaba al fondo de un barranco para morir, igual trato recibían los recién nacidos con alguna deformidad, el lugar es el pueblo de Parori, en la falda del monte Taigeto. En otras ciudades griegas el poder de decisión sobre la eugenesia lo ejercían los progenitores y no el Estado, y las razones eran económicas. En Atenas se “exponía” a los neonatos en una vasija de barro de gran tamaño, con la esperanza de que alguna otra familia, necesitada de hijos, pero con capacidad material para criarlos, los recogiese. Por lo tanto los lacedemonios estaban preparados para la pérdida de un hijo que fuese un estorbo para el Estado lacedemonio, por lo cual no existían cantos y danzas vinculados a los funerales y sólo existía una excepción que era la muerte de sus reyes. Los varones muertos eran enterrados en una fosa excavada en tierra y sólo se llevaban consigo el celeberrimo manto militar escarlata y descansaban, *in aeternum*, sobre un sencillo lecho de hojas de olivo; tampoco había lápida mortuoria identificativa, salvo si el espartano moría en el campo de batalla, en cuyo caso se inscribía su nombre en una losa seguido del conciso y lacónico “en combate”. El lenguaje de los espartanos destacaba por lo parco, brusco y sucinto, es decir lacónico y no existía una sílaba que no tuviese un significado. La “muerte hermosa” era la exaltación y glorificación de la misma en la guerra. “Resiste mientras miras al rostro a la muerte cruenta/y alarga tu brazo hacia el enemigo mientras lo tienes cerca”⁴. Los niños espartanos se aprendían de memoria estas obras de su poeta nacional y las recitaban de adultos en las batallas. La segunda excepción se refería a las sacerdotisas y a las madres que morían en el parto, de esta forma está claro que el valor a la reproducción, que se daba en Esparta, era equiparable al del guerrero hoplita lacedemonio.

Jenofonte describe la reacción de la sociedad de Esparta, tras la derrota de su infantería en Leuctra, ante los, ya citados, tebanos del gran estratega Epaminondas, que fue una espantosa carnicería, en una batalla campal donde la muerte de los espartanos redujo la población total de ciudadanos varones adultos a menos de un millar, frente a los 30.000 habitantes con que contaba Atenas en esa época. La derrota lacedemonia fue una hecatombe, tanto individual como colectivamente, pero los parientes de los muertos recibieron la noticia con jovialidad y placer, los hoplitas supervivientes se sintieron tan humillados, por el desastroso resultado del combate, que se encerraron, avergonzados, en sus propios hogares. En suma los lacedemonios convivían, sin temor, cara a cara, y a diario, con la muerte. En conclusión una vez libre de sus problemas legales, el rey Cleomenes pensó que Esparta debería trascender su influencia más allá del mar Egeo y tuvo su coartada en el año 491 a.C. cuando la oligarquía de la isla de Egina (“un orzuelo en el ojo del Pireo”. Pericles) se pasó al lado de los persas, se sometió al poder del Gran Rey Darío I y le ofreció tierra y agua, cómo símbolo de su sometimiento. Cleomenes se presentó en la ciudad insular y se debió enfrentar a la resistencia ciudadana comandada por un noble llamado Crío (“carnero”), que acusó al monarca espartano de recibir sobornos de Atenas, que era la gran enemiga de Egina, ya que si las autoridades espartanas hubiesen autorizado la invasión deberían estar los dos monarcas lacedemonios juntos. “Pues mira, carnero, guarnece ahora mismo tus cuernos de bronce”, y tras este comentario mordaz del rey Cleomenes, el monarca regresó a Laconia, y allí preparó la deposición del otro rey, Demarato, y lo substituyó por otro más sumiso y manejable, llamado Leotíquidas. Cleomenes recurrió, de nuevo, a la religión para acabar con Demarato, para ello sus dos embajadores permanentes, ante el Oráculo en Delfos,

⁴ Tirteo de Esparta, 12.”Elegías”

corrompieron, con dinero, a los sacerdotes y así pudo conseguir el necesario dictamen para poder acusar a Demarato, por fallo legal divino, de hijo ilegítimo, así se le podía destronar y substituirlo por otro monarca; una vez hecho esto, Cleomenes conquistó Egina, redujo a rehenes a Crío y a sus apoyos oligárquicos y obligó a la ciudad a variar su política, que era proclive al Imperio Persa. Pero se descubrió el soborno, ya que los que se habían prestado a ello en Delfos fueron revocados y el rey Cleomenes se volvió loco, *sensu stricto*; hasta tal punto que tras regresar del exilio en la Arcadia, fue puesto bajo la custodia, en un cepo, de los ilotas, convenció a uno de ellos de que le prestase su puñal y con esa daga se fue cortando en pedazos desde los pies hacia arriba; Cleomenes era ya una carga para el propio Estado espartano y para su devenir político, por lo que sería sucedido por su hermanastro menor, Leónidas, en el trono lacedemonio.

El decenio que siguió al año 480 a.C. va a mantener a los espartanos expectantes hacia la realidad política democrática ateniense, que celebra, sin ambages, el triunfo en la batalla de Maratón, frente a Darío I, y a la que la polis espartana no acudió. En la capital del Ática se utilizaba, con mucha frecuencia, el recurso del ostracismo, proceso en el que el candidato derrotado era condenado a un exilio de diez años. No obstante poco después del año 485 a.C. los lacedemonios van a ser consultados, con mucha urgencia, en relación con la postura a adoptar con respecto al Imperio de los persas.

2.MOVILIZACIÓN ESPARTANA PARA LA BATALLA-

“Puedes observar cómo la divinidad fulmina con sus rayos a los seres que sobresalen demasiado, sin permitir que se jacten de su condición; en cambio, los pequeños no despiertan sus iras. Puedes observar también cómo siempre lanza sus dardos desde el cielo contra los mayores edificios y los árboles más altos, pues la divinidad tiende a abatir todo lo que descuella en demasía... Y es que la divinidad no permite que nadie, que no sea ella, se vanaglorie”⁵. Atosa, la reina-madre e hija del Gran Rey Ciro II el Grande, va a hacer que la sucesión recaiga sobre Jerjes, y parece ser que la idea de la invasión de Grecia proviene del general en jefe de los ejércitos persas, Mardonio, el cual sería derrotado en la batalla de Platea (año 479 a.C.). “Sin duda, debía aquel cargo en gran medida a su propio valor, por cuanto Darío le había confiado ya misiones de envergadura. Sin embargo, su condición de primo hermano de Jerjes –hijo de una de las hermanas de Darío- y de hijo de Gobrias –uno de los seis protagonistas de la conspiración que otorgó el reino a Darío a finales de la década del año 520 a.C.- no debieron de tener poco peso a la hora de impulsar su trayectoria vital”⁶.

También existieron *poleis* griegas que llamaron a los persas para resolver sus problemas políticos, por ejemplo los oligarcas de Larisa, en la Tesalia, fronteriza con Persia y que llegaba hasta el sur de Macedonia y, asimismo, la familia de los Pisistrátidas, cuyos ancestros habían sido tiranos en Atenas. Se tenía la convicción de que los persas iban a ganar la guerra, por lo que era mejor colocarse al lado del vencedor; para los griegos de la Antigüedad el enemigo de nuestro enemigo era su amigo. Por todo ello Jerjes convocó a todos los notables de Persia para plantear toda la estructura de la guerra. No obstante será Artábano, tío del Gran Rey de Persia, el que va a moderar la euforia de Mardonio; Jerjes se irritará contra su tío, pero después va a recapacitar y meditará mejor cómo debe ser la invasión, la causa de esta mutación estriba en la aparición de la divinidad en forma de sueños reveladores, donde se le manifiestan cuales deben ser sus relaciones con Occidente, en todo este relato Heródoto pone de manifiesto la debilidad, el carácter irresoluto y la falta de comprensión, que eran las carencias más notables del rey de reyes de los persas y que van a provocar su ruina. No obstante el relato de Tucídides adopta tonos de un realismo estremecedor al abordar las causas que van a desembocar en la ulterior guerra del Peloponeso, años 431 a 404 a.C., entre las grandes enemigas de la época, léase Atenas y Esparta, que es lo realmente importante para él y no la conflagración contra los persas. Para este historiador la relación entre los Estados se fundamenta en tres presupuestos,

⁵ Heródoto, 7, op. cit.

⁶ P. Cartledge, op. cit.

independientemente de que sean monarquías absolutas como la de Persia, repúblicas democráticas como la de Atenas u oligarquías reformadas como en Esparta: 1) preocupación estratégica por la seguridad colectiva; 2) inquietud lógica por su reputación y por su honor y 3) interés por su desarrollo económico. Para Atenas esto se expresa por medio de tres palabras, a saber: miedo, honra y provecho. Para su seguridad Darío I había penetrado en Europa por el mar del Bósforo, año 513 a.C. y Mardonio sería autorizado para conquistar la Tracia europea.

Jerjes estaba bajo la sombra de la figura de su gran progenitor, cómo posteriormente Alejandro III el Grande lo estaría, al principio, en relación con las conquistas de su padre Filipo II de Macedonia; pero Jerjes fracasaría en su intento. Además era necesario poner en su sitio a Atenas, tras la derrota sufrida en Maratón, en la primera guerra entre persas y griegos, a la par se ponía en su lugar al resto de los griegos peninsulares y así se los reducía a que no se ocupasen más que de sus propios asuntos. La perspectiva de obtener mayores ganancias, en la Grecia de la época era *quasi* nula, ya que el propio rey espartano felón, Demarato, le va a describir, nítidamente, que la pobreza de los helenos era endémica, pero Mardonio le refirió a Grecia como un colosal jardín, aprovechando la tendencia de Jerjes a ser un amante de la jardinería, pero además existían algunas minas de plata y algún que otro emporio comercial. En el año 484 a.C. Esparta tuvo conocimiento de que el ejército persa estaba en camino, los lacedemonios estaban consternados, ya que pensaban que su impiedad iba a ser la causa de su destrucción, por causa del asesinato de los heraldos de Darío I, en la Primera Guerra Médica (año 491 a.C.), ya que los embajadores eran considerados, universalmente, como elementos sagrados. Para redimirse enviarían a Jerjes una víctima propiciatoria humana. Tras numerosas asambleas aparecieron dos nobles espartanos de la aristocracia hereditaria de Heracles-Hércules-Melkart, las parejas eran símbolos divinos y garantes de la diarquía en la forma de los Dioscuros (Cástor y Pólux) o Zeus y Atenea, pero lo más conspicuo era que el interés personal de los espartanos estaba, siempre, supeditado al interés del Estado lacedemonio. Los dos aspirantes a ser inmolados eran: Espertias, hijo de Anaristo, y Bulis, hijo de Nicolao, que emprendieron viaje hacia Persia; en Sardes fueron recibidos por el sátrapa Hidarnes, que les manifestó que en la capital, Susa, y ante el Gran Rey Jerjes deberían realizar el ritual ceremonial de la *proskýnesis*, lo que causó un rechazo inmediato en los dos lacedemonios, ya que en la Laconia los ciudadanos sólo se inclinaban ante los dioses; pero para los persas el acto era un puro protocolo regio, ya que su monarca no era un dios.

En Susa fueron llevados ante el Gran Rey, el intérprete (*hermeneús*) explicó a Jerjes cual era la pretensión de aquellos dos lacedemonios; pero la discrepancia entre culturas era palmaria, ya el Gran Rey Ciro II el Grande se había mofado de aquellos espartanos que eran “ese tipo de hombres que, en medio de sus ciudades, tienen un lugar a propósito para reunirse y engañarse unos a otros con sus juramentos”⁷. Su nieto, Jerjes, sólo se rio de aquellos dos espartanos, burlándose de su gesto sacrificial basado en profundas convicciones religiosas. En este momento Heródoto pone en escena al antiguo rey espartano Demarato, que en el año 490 a.C., tras ser depuesto, se había quedado en su polis, como ciudadano común de hecho, y donde se le había confiado la organización de una fiesta religiosa concreta; en dicho acto fue escarnecido gravemente por el rey Leotíquidas, su pariente y enemigo, e incapaz de soportar tamaño ultraje, se expatrió, para siempre, a la corte del Gran Rey de Persia, donde fue aceptado cómo consejero áulico, allí solía destilar su mayor inquina contra ciudades helénicas tales cómo Atenas y Platea. En el año 480 a.C. acompañará a Jerjes en la invasión de la Hélade, sus consejos al Gran Rey serán, no obstante, desastrosos. Persia tardó cuatro años en poner en marcha la gigantesca operación de invasión de la Grecia peninsular. Los sátrapas eran los encargados de reclutar a los soldados, de garantizar la provisión de armas y armaduras, supervisar los itinerarios y organizar la intendencia, los dos sátrapas más importantes eran los de la lidia Sardes y la frigia Dascilo, que dominaban el estrecho del Helesponto.

⁷ Heródoto, 1, op. cit.

Artábano apoyó con fuerza la no utilización de los griegos del Asia Menor a él sometidos, ya que su lealtad no podía ser puesta a prueba, pero Jerjes no lo aceptó y entre los años 480 a 479 a.C. tendría más griegos luchando a su lado que en contra, pero su rendimiento fue excelente y su desafección casi nula. En primer lugar se cavó un canal para atravesar el monte Atos, la actual Montaña Sagrada, que era la punta más oriental de las tres de la Península Calcídica que se introducen en el norte del mar Egeo. “La expedición que había enviado el Gran Rey Darío I contra la Hélade-Grecia del continente europeo, en el año 492 a.C., con la finalidad de vengarse de Eretria y Atenas por su participación en la revuelta jónica había sufrido lo que Heródoto calificó de “pérdidas terribles”. Antes de que pudiesen montar el promontorio de Atos, sus embarcaciones se vieron en medio de una tempestad que las lanzó contra las rocas. El historiógrafo calcula que aquel temporal hizo naufragar nada menos que trescientos barcos y se cobró unas veinte mil vidas, y aunque quizás estas cifras sean exageradas, las bajas fueron, de cualquier modo, lo bastante numerosas para frustrar la empresa, que se redujo a una serie de operaciones terrestres en el norte de Grecia-Hélade. No menos significativo es tal vez el hecho de que el comandante de aquella expedición inacabada fuese Mardonio, hijo de Gobrias, recién casado a la sazón con una hija del citado Gran Rey Darío I. Habida cuenta de estas circunstancias resulta comprensible el desenfrenado entusiasmo que desplegó Mardonio ante los ambiciosos planes bélicos de Jerjes”⁸. El otro proyecto persa consistía en construir un puente de barcos que atravesará el Helesponto, pero para evitar sabotajes no contó con ningún ingeniero helénico, la obra fue encargada a fenicios y egipcios, que crearon maromas a lo largo de una fila de naves abarloadas desde Abido, en el Helesponto asiático, hasta Sesto ya en Europa. En Grecia la evidencia de tener que resistir era ya evidente.

Ya en el año 490 a.C. Atenas había pedido ayuda a Esparta para resistir a Datis y a Artafernes en la batalla de Maratón, los lacedemonios podían crear una alianza pluriestatal para la defensa terrestre; lo que se refiriese a la defensa naval era labor de la isla de Egina, pero este componente de la Liga del Peloponeso, el más conspicuo en el mar, estaba del lado de los persas en ese momento final, crucial, de la década de los años 490 a.C.; Atenas recibió un golpe de fortuna, cuando en el año 483 a.C. halló un filón en las minas estatales de plata de Laureo, ya le era posible neutralizar a Egina. En estos momentos Temístocles (“de justa fama”), hijo de Neocles (“de fama reciente”), era la persona más influyente dentro de la coalición helénica y había llegado a la convicción de que el peligro de las tropas de Jerjes era tan grave que atentaba contra la propia existencia de los griegos. En los años 493 a 492 a.C. fue elegido arconte (“magistrado”), proponiendo que El Pireo fuese declarado el principal puerto militar y comercial de Atenas, substituyendo al anterior, Falero. En los años 483 y 482 a.C. se descubrieron las minas de plata; “casi todo el mineral lo extraían esclavos que trabajaban en condiciones físicas espantosas. La plata se hallaba en vetas que se abrían entre masas de plomo, y para separarla de éstas se empleaba el proceso llamado *copelación*. La materia resultante tenía que lavarse y tratarse antes de poder usarla para acuñar moneda. Durante el período de mayor esplendor, para la extracción inicial y las labores complementarias bien pudo ser necesario el trabajo de entre veinte y treinta mil forzados”⁹. En una situación de normalidad política la plata se hubiese distribuido entre todos los ciudadanos de Atenas, en forma de lingotes de plata y no se hubiese convertido en moneda; pero Temístocles convenció a la Asamblea de ciudadanos de que era necesaria para crear una flota de trirremes para la guerra. La mayoría de la Asamblea votó a favor de la propuesta.

La perspicacia de Temístocles era notoria entre sus conciudadanos. Como no tenía claro que los atenienses estuviesen seguros del peligro persa, derivó su atención hacia el planteamiento de que los barcos de Atenas sólo lucharían contra Egina, que era un prístino enemigo, ya que tras la batalla de Maratón, Atenas había salido muy malparada en sus, subsiguientes, concusiones bélicas contra los eginetas; con una nueva flota de un centenar de trirremes el peligro de Egina sería conjurado. Temístocles consiguió el ostracismo para todos los timócratas atenienses que se le oponían, venciendo siempre los

⁸ P. Cartledge, op. cit.

⁹ P. Cartledge, op. cit.

contubernios adversos. Por todo ello Temístocles será, en el tramo final de los años 480 a.C. la vanguardia política de la lucha contra Egina y contra Persia.

En el otoño del año 481 a.C. se celebró una asamblea en el templo de Poseidón en Corinto, de las *poleis* griegas comprometidas contra los persas, para estudiar una estrategia común contra el susodicho Imperio Asiático. Los lacedemonios tenían que acaudillar cualquier tipo de resistencia frente a Jerjes; aunque con anterioridad, Laconia, no había movilizado todo su esfuerzo y su entusiasmo para defender cualquier estructura política al margen del Peloponeso, cómo era la Hélade central. La polis elegida, Corinto, estaba dentro del Peloponeso, pero era independiente y a veces desleal, absolutamente, con los espartanos; también estaba relativamente cerca de Atenas; Poseidón era el dios universal del mar para todos los griegos, y la armada helénica más importante sería la que aportase la capital del Ática, Atenas. La reunión de Corinto va a ser mirífica, ya que dentro de la condición de ser griegos no estaban incluidas ni la cooperación ni, obviamente, la unión política, por lo que “aquello” puede ser considerado una alianza flexible de mutua ayuda, fundamentada en los juramentos realizados en nombre de los dioses inmortales helénicos, que garantizaban la cuestión, todo aquel que incumpliese el pacto, cometería sacrilegio. La liga, conformada por 31 *poleis*, se denominaría como *hoi Hēllenes* (“los griegos”), se decidió que fuese Esparta quien dirigiera todo el aparato militar, por mar y tierra, en la confrontación bélica contra Jerjes y las decisiones se adoptaron utilizando el método seguido en las reuniones o juntas de la notoria Liga del Peloponeso, que siempre comandaba Esparta y en la que cada polis disponía de un solo sufragio, fuese cual fuese su extensión o categoría. Tras la reunión se envió un cuerpo expedicionario de reconocimiento, para espiar a las tropas de Jerjes y resolver, *de facto*, el gran número de disputas internas que solían ocurrir entre los griegos desde la Antigüedad, por ejemplo Egina y Atenas dejaron de lado su enemistad, pero Argos se negó a formar parte de cualquier ejército que fuese comandado por Esparta, ya que la enemistad entre ambas *poleis* era proverbial, los argivos por tanto se colocaron del lado de los persas.

En la primavera del año 480 a.C. la coalición helénica se reunió, de nuevo, en Corinto donde Atenas informó, con gran excitación, que el ejército persa estaba ya en camino, pero tampoco se alcanzó ningún tipo de acuerdo estratégico. Desde Sardes, Jerjes, se dirigió al Helesponto atravesando la Troade; en Troya sacrificó a Palas Atenea mil bueyes. El paso del Helesponto, que condujo a los persas desde Abido hasta Sesto se realizó a través de un doble puente de pontones, construido por ingenieros fenicios y egipcios y que permitiría salvar más de dos kilómetros, contra vientos y corrientes marinas muy poderosas, los latigazos de los capataces aceleraron el proceso de construcción hasta dejarlo sólo en una semana. Las noticias de las flagelaciones de los soldados persas, realizadas por orden del Gran Rey, crearon una indudable perplejidad entre los griegos, donde los azotes contra los ciudadanos libres estaban prohibidos, salvo en contadísimas ocasiones. Desde Sesto los persas se dirigieron hacia el nordeste, a través del Quersoneso de Tracia, luego fueron hacia el oeste hasta la tierra de los odrisios de Tracia. El hecho de que el propio Gran Rey fuese al mando de la expedición demostraba lo importante que era para él esa conflagración entre Asia y Europa. En las llanuras de Dorisco detuvo a su ejército para pasar revista. Heródoto escribe, exagerando las cifras hasta lo absurdo, que las tropas de Jerjes estaban compuestas de 5.283.220 soldados y más de 1.200 naves de guerra, aunque los historiadores modernos más rigurosos indican, en la actualidad, que las tropas de Jerjes estarían conformadas por unos 80.000 soldados provenientes de todas las naciones sometidas a la



Busto de Leónidas

voluntad del Gran Rey y unos 600 barcos. Cómo el escritor griego ensalza el comportamiento helénico, no tiene ningún inconveniente en hinchar lo más posible el conglomerado de tropas persas.

3.LAS TROPAS PERSAS, SU CONFORMACIÓN-

Otro de los personajes que mandaban tropas en aquel ejército era Ótanes, el suegro de Jerjes y padre de Amestris, la sufrida primera esposa del Gran Rey de Persia, que era el que mandaba la infantería de los persas, habitantes del sur del Irán. “Los persas llevaban en la cabeza unos gorros de fieltro flexible, llamados tiaras, y en el cuerpo unas túnicas de vistosos colores, provistos de mangas, (así como corazas), recubiertas de láminas de hierro que se asemejaban a las escamas de los peces; en las piernas llevaban *anax* (e) *írides* (pantalones holgados) y, en lugar de escudos metálicos, unos de mimbre. También portaban unas lanzas cortas, grandes arcos y flechas de caña y, además, junto al muslo derecho, unos puñales que les pendían del cinturón”¹⁰. A diferencia de los hoplitas helenos, que siempre llevaban armamento pesado consistente en un escudo grande de madera y lanza larga de punta metálica, los persas portaban armamento ligero, además luchaban con arcos, y cuerpo a cuerpo; los griegos, por cuestiones sociales, separaban a los arqueros de los infantes y, por fin, lo más sorprendente, para los soldados de la Hélade, era que los hombres se pusiesen pantalones para luchar.

En la cúspide de la milicia del denominado ejército medo se encontraban los selectos diez mil hombres denominados *los Inmortales*, que eran la admirada guardia personal del monarca persa. Otros datos antagónicos eran que los persas llevaban a la campaña bélica a sus esposas y a sus sirvientes, en sus carruajes cubiertos, tomaban alimentos muy elaborados transportados en una larguísima caravana y, para más inri, llevaban encima todos sus aderezos de joyas de oro. A continuación venían los soldados medos, al mando de Tigranes, pariente de Jerjes, que eran el pueblo sobre el que Ciro II el Grande había fundamentado el Imperio Persa de los Aqueménidas, la colaboración entre medos y persas era ya prolongada y armónica. Tras persas y medos aparecen otros pueblos circundantes del Irán, como eran los cisios y los hircanos, comandados por el sátrapa de Babilonia. Del norte mesopotámico procedían los soldados asirios, cuyo Imperio había sido preeminente hasta el siglo VII a.C. Desde el norte del actual Afganistán llegaban los soldados de Bactriana, donde tenía origen el camello. Los escitas o sacas del mar Caspio eran tributarios del Gran Rey Jerjes y tanto bactrianos como sacas estaban bajo el mando de Hitaspes, hermano de Jerjes. Los partos y los corasmios del Irán eran dirigidos por Artabazo, el hijo de Fárnaces, que había sido el administrador regio de Darío I. También participaban los hindúes del Punjab, cuya satrapía entregaba el algodón para la confección de los vestidos de los soldados. Al sur del mar Negro se encontraban los paflagonios: “Los expedicionarios paflagonios llevaban en la cabeza cascos trenzados; portaban escudos pequeños, lanzas de mediano tamaño, así como venablos y puñales, e iban calzados con unas botas, típicas de su país, que les llegaban hasta media pierna”¹¹; los griegos calzaban sandalias. Los últimos soldados no griegos descritos son los macrones y los mosinecos, acaudillados por Artaíctes, hijo de Querasmis y gobernador de Sesto. Los hoplitas griegos colaboradores y los combatientes portadores de armas ligeras de las *poleis* jonias del Asia Menor no son citados por Heródoto y sólo se puede aseverar en la enigmática afirmación de que “los lidios llevaban armas (*hopla*) muy similares a las de los griegos”¹².

En pasajes anteriores, Heródoto, describe el diálogo entre Jerjes y Artábano, por el que el Gran Rey le indica que los soldados jonios son rehenes: “habida cuenta de que, al ponerse en camino, han dejado en nuestros dominios a sus hijos y a sus mujeres, así como sus posesiones, no ha lugar a suponer que vayan a rebelarse”¹³. Las tropas provenientes de África, que resultaban exóticas para los griegos eran: los árabes, los nubios, los libios y los

¹⁰ Heródoto, 7, op. cit.

¹¹ Heródoto, 7, op. cit.

¹² Heródoto, 7, op. cit.

¹³ Heródoto, 7, op. cit.

etíopes que se pintaban medio cuerpo con yeso y la otra mitad con minio, así como sus rizados cabellos, y envolviéndose en pieles de leopardo y de león; los infantes europeos más destacados eran los tracios. Heródoto nombra a seis generales como comandantes de las fuerzas de Jerjes: 1) Mardonio, hijo de Gobrias, que defendía a ultranza la invasión de Grecia; 2) Tritantemes, hijo del Gran Consejero áulico, Artábano, y primo carnal del Gran Rey; 3) Esmerdómenes, hijo del eximio Ótanes (participante de la conjura contra el Gran rey Darío I, padre de Jerjes, en el año 520 a.C.), y primo carnal de Jerjes; 4) Masistes, hermano del susodicho Gran Rey Jerjes, que terminarían enfrentados, al estar enamorado Jerjes de la esposa de su hermano; 5) Gergis y Megabizo (hijo de Zópiro al que Darío I consideraba el máximo benefactor de Persia). Por encima del Alto Mando y cerca del propio soberano se hallaba Hidarnes, hijo del homónimo sátrapa de Sardes, que se encontraba al mando de *los Inmortales* y sería el artífice de la victoria persa en las Termópilas. La caballería estaba conformada por: los sagartios, que eran pastores de ganado bovino, por lo que iban armados de lazos de cuero trenzado y dagas, y los árabes que montaban unos camellos muy veloces y criados para la guerra. Jerjes tenía cierta prevención hacia la caballería por la derrota que había sufrido en Maratón.

En lo que se refiere a la armada persa Heródoto cita hasta 1207 naves. En primer lugar las de los fenicios, y los neoasirios que habitaban en Palestina, con 300 trirremes; en segundo lugar las de los egipcios con 200 naves; 3º) los chipriotas con 150 barcos; 4º) los cilicios, que habitaban en el suroeste de Anatolia con 100; 5ª) los carios con 70 y 6º) los súbditos griegos con 307 naves; el resto de los pueblos de fuera de Grecia, a las órdenes de los persas con cantidades menores hasta llegar al número aseverado por el historiador griego. Por todo lo que antecede esta guerra también tenía un importante componente de guerra civil o “de una discusión intestina” (*émphylos stasis*). Todas las naves persas contaban con amplias dotaciones de soldados de infantería. Heródoto se burla de los almirantes persas y los califica como simples vasallos o *doúloi*, es decir cómo esclavos del Gran Rey Jerjes. El almirante más destacado era un hermano de Jerjes, Aquémenes. El historiador griego destaca lo que considera que es un prodigio (*thoma*) y que consistía en que una mujer griega, llamada Artemisa, acaudillaba cinco naves griegas aliadas a los persas y procedentes de las *poleis* de Halicarnaso, Cos, Nisiro y Calidna y lo hacía porque era *tyrannos* o gobernante autocrática, al haberlo heredado de su marido muerto, pero ella sí era colaboracionista. Heródoto enaltece el valor excepcional de sus naves y destacaba por los atinados consejos que daba a Jerjes (*gnomai áristai*) y su valor es calificado como de viril (*andreía*), con una astucia propia de Odiseo-Ulises, el gran rey de Ítaca descrito en La Ilíada. “Majestad, nadie con verdadero sentido común pondría reparos a ese ejército de ahí, ni al potencial de la flota”¹⁴. No obstante es lógico pensar que lo inconmensurable de esa flota iba a generar problemas logísticos, indudables, de aprovisionamiento. “Es preferible afrontar con confianza a todos los peligros y sufrir la mitad de los posibles contratiempos, que temer de antemano todo tipo de riesgos y permanecer constantemente inactivo”¹⁵.

El avance persa desde Dorisco a Macedonia y de ahí hasta Tesalia se hizo con pasmosa lentitud. Todo era tan grandioso para poderlo movilizar fácilmente y no existía una ruta real que facilitase el avance. Jerjes deseaba también apabullar a los griegos y fomentar la expansión de lo que los griegos denominaban como *medismós* o afición y atracción por todo lo que provenía del Imperio Persa; el Gran Rey esperaba que los griegos indecisos siguiesen el ejemplo de los Alévadas, familia importante tesalia de Larisa y se pasasen al bando de los persas. En el mes de julio, Jerjes, estaba en el valle del Tempe, frontera entre Macedonia y Tesalia, en el mismo se encontraba la primera línea de defensa helénica, al mando del lacedemonio Evéneto y del ateniense Temístocles, pero resulta sorprendente que los espartanos se dejasen mandar por un ateniense, cuando además este era un gran almirante, pero no para una batalla en tierra. Lo más lógico es colegir que la coalición no tenía todavía pergeñado un plan coordinado. Cuando la marcha de Jerjes se transformó en una imparable amenaza real, Esparta reaccionó de manera magistral y decisiva.

¹⁴ Heródoto, 7 (“Artábano a Jerjes”), op. cit.

¹⁵ Heródoto, 7 (“Jerjes”), op. cit.

4.PREPARACIÓN DE LA BATALLA DE LAS TERMÓPILAS-

“Lo mismo ocurre con los lacedemonios: en combates singulares no son inferiores a nadie, mientras que, en compacta formación, son los mejores guerreros de la tierra”¹⁶. Para poder conquistar Grecia la simbiosis entre el ejército y la marina tenía que ser perfecta. Tras el fracaso de los diez mil soldados griegos, ya que la coalición dejó de lado una línea defensiva en el Tempe; el Gran Rey avanzó más allá del monte Olimpo y atravesó la Tesalia sin más problemas que la movilización de su descomunal impedimenta; las naves persas con algún pequeño desajuste llegaron al cabo Sepiade frente a Eubea. La resistencia de los griegos ya no podía dilatarse más y se debería realizar en la línea siguiente de desfiladeros: el de las Termópilas por tierra, por mar en Artemisio y en la punta norte de la isla de Eubea. Los espartanos tenían la convicción, aquel verano del año 480 a.C., que una derrota frente al Gran Rey de Persia era ineluctablemente pavorosa, ya que iba a poner en peligro no sólo la existencia de los ciudadanos lacedemonios, sino su mismo modo de vida. No obstante las tropas espartanas, en las Termópilas, eran apenas dos tercios de las que habían retirado en Tempe. Las causas por las que se envió esta especie de avanzadilla se debió a que estaba próxima la tregua olímpica, que cada cuatro años permitía que todos los griegos, que lo juzgasen menester, pudiesen acudir a Olimpia para competir o cómo espectadores en la fiesta religiosa, en honor de Zeus, para la celebración de los Juegos Olímpicos, sin sufrir ningún sobresalto cuando atravesaban territorios de *poleis* enfrentadas a las propias; debía celebrarse en la segunda luna llena posterior al solsticio de verano, es decir en el mes de agosto, la religiosidad de los griegos no les permitía evitar los preparativos de los juegos, además en Laconia se celebraban las carneias o fiesta anual consagrada a Apolo y tanto esta celebración como la de las jacintias o las gimnopedias, todas ellas dedicadas al mismo dios, eran observadas, escrupulosamente, por un pueblo tan religioso como era el lacedemonio, esta fue la causa de su ausencia en la batalla de Maratón (año 490 a.C.), por todo ello los espartanos no pudieron dedicar todo su ejército para la defensa del desfiladero de las Termópilas. Pero la Grecia del momento necesitaba que los lacedemonios actuaran con toda su eficacia y realizaran algún gesto de resistencia frente a los persas. Pero también existían factores religiosos que podían empujar a los espartanos a la lucha en las Termópilas: 1º) en el monte Eta, cerca del susodicho paso, había finalizado su devenir terrenal Hércules, y la diarquía espartana descendía de los tataranietos del héroe que había fundado Esparta; 2º) hacia el sur del mencionado monte se encontraba la tierra de la Dóride, que era el hogar ancestral de los dorios, antepasados de los lacedemonios, que luego se dirigirían en dirección hacia el sur, para su definitivo asentamiento en el Peloponeso; 3º) Delfos. En el consejo directivo de la asociación religiosa conocida como la Liga Anfictiónica, sus gentes sólo tenían una representación indirecta en calidad de integrantes del pueblo (*éthnos*) dorio. Mantenían una comunicación separada y directa con el santuario y sus vaticinios, a través de los cuatro embajadores píticos de nombramiento regio. Con anterioridad a la invasión persa, el oráculo había vaticinado una pléyade de desgracias sin cuento para Atenas, con una resistencia inútil, por ello se colegía que los sacerdotes de Delfos empezaban a mirar al Imperio Persa con cierta simpatía. Pero, inesperadamente, el Oráculo de Delfos predijo a los lacedemonios que deberían sacrificar a uno de sus reyes sino querían ser aplastados y destruido su territorio por las tropas persas. Probablemente Leónidas provocó el vaticinio para que fuese él y no el otro monarca espartano, Leotíquidas, el elegido por la asamblea, en virtud de la oportuna recomendación de la *gerousía* y los éforos, para que él fuese la víctima propiciatoria en las Puertas Calientes. Por ello los lacedemonios decidieron que fuese su rey Leónidas el que defendiese el desfiladero de las Termópilas y no el plebeyo, Euribíades, que comandaba entonces la flota de la coalición helénica, y como era de esperar de ellos: todo lo atribuyeron a los dioses y a sus vaticinios.

¹⁶ Heródoto, 7 (“Demarato a Jerjes”), op. cit.

Poco se sabe del rey Leónidas, salvo su gesta militar y heroica del mes de agosto del año 480 a.C., su naciencia no le conducía hacia el trono de Esparta y sólo accedió al mismo porque su hermanastro Cleomenes I, había muerto de la forma espantosa ya citada con anterioridad, sin tener descendientes varones, aunque a lo mejor Leónidas tuvo algún tipo de influjo en esta regia autoinmolación fatal. Se matrimonió con la hija única del rey muerto, Gorgo, lo que lo convirtió en yerno y heredero indirecto. Una vez en el trono de Laconia llegó a la convicción de que debería hacer mucho y demostrar más para estar al nivel del monarca que se había suicidado de forma tan terrible. Pero como las posibilidades de que llegase al trono eran casi nulas, debió pasar por todo el ciclo completo relativo a la educación de todos los espartanos, cuando es notorio que la única excepción eran los príncipes herederos de las dos casas regias, dentro de ellas siempre salían sus diarcas. Tenía una idea clara de cuáles eran los intereses verdaderos de su patria, el futuro rey Leónidas poseía el típico carácter de los guerreros lacedemonios. La elección del 4% del total de la milicia espartana (conformada por unos ocho mil soldados), los famosos 300 para defensa de las Termópilas, fue realizada por que era una cantidad razonable para lo que se necesitaba en aquel momento y lugar y además eran la flor y nata de los hoplitas lacedemonios. Los espartanos que practicaban oficialmente la pederastia, pero siempre en forma de una relación entre un adulto y un adolescente, nunca institucionalizaron y, mucho menos lo fomentaron, con propósitos militares, la unión entre dos varones adultos en edad militar; el ejemplo paradigmático es el del denominado Batallón Sagrado de Tebas, que entre los años 378 y 338 a.C. estaba conformado por 150 parejas de soldados homosexuales. Además ese número era el establecido para la guardia personal del monarca, aunque servían como soldados de infantería, en el centro mismo de una falange de hoplitas, que era el lugar ocupado por los reyes espartanos en las batallas, eran denominados como caballeros o *hippeís*. Eran escogidos entre los varones de 20 a 29 años y cuando no estaban en guerra, realizaban labores de espionaje para el rey. Provenían de las diez clases sociales más jóvenes de la sociedad adulta de Esparta; en este caso además los seleccionados deberían poseer un hijo varón vivo, si es público y notorio que los espartanos se casaban después de cumplir los treinta años, es obvio que aquel contingente militar debería, mayoritariamente, superar esa edad. El rey Leónidas debía tener unos 50 años y aunque se había casado con Gorgo a una edad, extrañamente, avanzada, cumplía el requisito o condición *sine qua non*, ya que poseía un hijo joven llamado Plistarco; con ello se pretendía que los que muriesen, tuvieran quien perpetuase su nombre. Estos hijos serían los mejores de la nueva generación de soldados espartanos, al tratar de emular a sus padres. “Y es que la avanzada de las Termópilas iba a ser, en efecto, un pelotón suicida a la manera peculiar de Esparta –en total conformidad con su educación y con el modo como había concebido Leónidas su propio papel-. Algo tan espartano como el caldo negro que comían de rancho”¹⁷.

Para los lacedemonios de la Antigüedad, sobre todo sus varones, su cosmovisión estribaba en asimilar la perspectiva de una muerte temprana por una lesión traumática sufrida en su primera juventud. Toda la sociedad espartana se circunscribía a enseñarles a hacer frente a este hecho, incuestionable; de todos los habitantes de las *poleis* de la Hélade de la Edad Antigua, únicamente a los espartanos les era posible asumir una idea de suicidio por la patria tal como fue el de las Termópilas. La gran polis del Peloponeso además de a los espartiatas o ciudadanos espartanos de pleno derecho, había mandado al malhadado desfiladero de las Termópilas a un número indeterminado de ilotas no combatientes, probablemente próximo al millar; además de unos novecientos o mil periecos que los acompañaban y que acudieron como voluntarios. Leónidas los escogió por su valor y su condición moral. Una particularidad que complica más la cuestión, si cabe, es que todo lo que “rodeó el asunto” estribaba en la atracción por “lo medo” que existía en la región de la Caria perieca, situada al norte de Laconia y fronteriza con la Arcadia, por ello y para evitar sus posibles veleidades militares, los lacedemonios decidieron enviar a un elevado número de sus compatriotas fuera del territorio del Peloponeso. Las mujeres de Esparta

¹⁷ P. Cartledge, op. cit.

eran la mitad no militar de la población y eran reputadas en el resto de la Hélade por su falta de debilidad, solían gritar a sus esposos e hijos, cuando iban a la guerra, aquello de: “¡Con él o sobre él!”, ese “él” indicaba el escudo de los hoplitas lacedemonios y se refería al hecho ineluctable de volver con el escudo en la mano, ya que arrojarlo en el campo de batalla y huir era un crimen de alta traición o, en su defecto, muerto sobre el mismo y transportado por sus conmlitones. Lo que antecede era el paradigma del espíritu guerrero de las espartanas y definía como asumían, sin ambages, los principios marciales y viriles de Laconia. “A este tenor se expresa también la anécdota según la cual cierta griega ateniense –movida tal vez por la envidia- preguntó, supuestamente, a Gorgo –esposa de Leónidas e hija de Cleomenes I- por qué las mujeres espartanas eran las únicas que gobernaban a sus maridos, y ella evitó con destreza la pregunta espetándole: “Porque somos las únicas que damos a luz a hombres (de verdad)”¹⁸.

Uno de estos hombres destacados es el rey espartano depuesto, Demarato, que está refugiado en Persia y va a acompañar a Jerjes a la guerra contra los griegos, del que Heródoto describe dos discusiones con el Gran Rey sobre las características de los guerreros griegos y si van a resistir a su milicia, Demarato apela a la educación de los persas con relación a que se les inculcaba el rechazo a la mentira desde la más tierna infancia y le dice a Jerjes, ¿si desea conocer toda la verdad?, el Gran Rey asiente y el ex-rey espartano manifiesta que: los pueblos dorios, raíz étnica de los lacedemonios, nunca aceptarán las condiciones del Gran Rey Jerjes, que representan la esclavitud para la Hélade y, además, los espartanos lucharán hasta la extenuación sin importarles el número desproporcionado del ejército de los persas. Jerjes se ríe porque estima que el látigo obligará a sus soldados a lanzarse contra sus enemigos espartanos, con la finalidad de obtener la victoria. Heródoto pretende dejar bien claro que los espartanos no necesitaban ningún látigo para luchar al máximo, ya que los azotes eran necesarios para los esclavos y no para los ciudadanos libres de la polis de Laconia. Demarato ahonda más, si cabe, en su argumentación: «En primer lugar, “en combates singulares (los lacedemonios) no son inferiores a nadie, mientras que, en compacta formación, son los mejores guerreros de la tierra”; y en segundo lugar, la razón por la que van a resistir es que han optado, de forma



Monumento en Las Termópilas.

consciente, por obedecer no a un ser humano –y mucho menos a un dictador absolutista como Jerjes-, sino a la ley (*nomos*), lo que incluye tanto las normas y costumbres individuales creadas por ellos como el concepto general de la obligación política de ser personas observantes de la ley. Y el precepto más relevante en este caso particular es, al decir de Demarato, el de “no ... huir del campo de batalla ante ningún contingente enemigo, sino ... permanecer en sus puestos para vencer o morir”. El espartano llega incluso a afirmar, ante la total incredulidad de Jerjes, que sus compatriotas temen la ley como se teme a un *despotes* (“señor”), “más, incluso, de lo que tus súbditos te temen a ti”¹⁹.

Heródoto deja claramente delineado las diferencias abismales entre el sistema político que regía para Jerjes y el de Esparta, el Gran Rey de Persia se identificaba con la esclavitud, aunque el historiador griego no niega el carácter autoritario de la sociedad lacedemonia con respecto al del

resto de las *poleis* de la Hélade; Esparta era una sociedad castrense y, por lo tanto, jerárquica y unidireccional en sentido descendente. La segunda vez que Demarato se enfrenta al Gran Rey Jerjes es el preludio inmediato al enfrentamiento en las Termópilas y

¹⁸ P. Cartledge, op. cit.

¹⁹ Heródoto apud P. Cartledge, op. cit.

se produce cuando el monarca persa envía a un explorador a caballo, con la finalidad de espiar a los soldados helenos y va a volver asombrado de que en ese momento los lacedemonios estén realizando ejercicios atléticos y peinándose sus largas cabelleras. Los varones griegos practicaban sus ejercicios gimnásticos desnudos, de ahí viene el término gimnasio (*gumnós*-desnudo), esta costumbre chocaba a los persas, que por ejemplo eran llamados bárbaros por los helenos y considerados, culturalmente, inferiores. Los griegos llevaban el pelo corto, los persas en gran número también, pero los espartanos se dejaban crecer la melena en señal evidente de ser guerreros adultos; las mujeres lacedemonias se lo cortaban al casarse y nunca más volvían a llevar el pelo corto. Estas actitudes convencieron a Jerjes de que se iba a enfrentar a todo lo contrario de unos varones aguerridos, pero Demarato le informó, con toda claridad, de que esos actos tenían la significación de que se preparaban para morir en la batalla que se avecinaba. En el ejército de Leónidas había 400 soldados beocios de Tebas, que era la tercera polis en prestigio de Grecia, en ese momento histórico la oligarquía que gobernaba la ciudad era medófila, por lo que los que estuvieron en las Termópilas se oponían a sus gerifaltes; pero concluida la conflagración toda Beocia se pasó al lado del Gran Rey, salvo Tespias (la gran enemiga de Tebas) y Platea (la inequívoca aliada de Atenas).

Los atenienses no estaban en el desfiladero pero sí en muchos millares con la marina, en Artemisio. Además las *poleis* amenazadas directamente por la invasión, como eran las focenses y las de los locros opuntios, enviaron alrededor de unos mil soldados. En suma se puede colegir que el número total de los griegos no superaba los siete mil combatientes. No obstante cuando el ejército de Jerjes apareció en lontananza, se reunieron aterrorizados para plantear una posible retirada, incluso Leónidas contempló tal posibilidad, pero los focenses y los locros se opusieron con las armas en la mano, ya que con toda probabilidad los espartanos de Leónidas entendían que tras una defensa a capa y espada en las Termópilas se debería producir una retirada digna para plantar cara, hasta la muerte, en otro lugar. En esos momentos tuvieron conocimiento de que las Termópilas podían rodearse a través de una senda llamada Anopea, que, tras bordear el monte Calídro, volvía a aparecer cerca de la puerta oriental del paso, pero era una vereda tan estrecha, a veces, que sólo se podía seguir en fila india; Leónidas colocó allí a los focenses para que lo defendieran, ya que eran los que más tenían que perder si se producía una derrota en el desfiladero, si hubiese tenido oficiales de sobra, el rey de Esparta hubiese destacado a un oficial lacedemonio para que comandase a los antedichos. Por ello se puede aseverar que los helenos plantearon una defensa impresionante del paso de las Termópilas y la misma conllevó el primer gran choque frontal entre la Hélade y el Imperio Persa.

5.LA BATALLA PROPIAMENTE DICHA-

En el mencionado año 480 a.C. la estrechez del desfiladero; que iba de este a oeste, a lo largo de 5 km, flanqueado por el monte Calídro, que con otras estribaciones al sur y el mar Egeo al norte originan el golfo Maliaco; era tal que apenas cabían dos carros con facilidad y además estaba interrumpido por tres especie de puertas o espacios más angostos, sería en la segunda puerta donde se apostaron los griegos y crearon un muro orientado al norte. En aquel caluroso verano la temperatura no iba a bajar de los 40° y aunque el abastecimiento del agua no significaba ningún problema, las moscas sí. Tras la llegada de los persas, Jerjes esperó cuatro días para aumentar la presión, antes de lanzarse al ataque, a la par estableció una necesaria comunicación con su marina, que estaba fondeada en el cabo Sepiade y envió un mensaje al rey Leónidas: “Entrega las armas”, el monarca lacedemonio le contestó: “ven por ellas (*molòn labé*)”. Jerjes tuvo un ataque de ira ante la respuesta de Leónidas. Los arqueros persas trataron de desbaratar al contingente griego, pero poco podían hacer ante los escudos hoplíticos y tampoco podían rechazar los embates furibundos de las falanges helénicas. Por fin Jerjes, el 17 de agosto, lanzó a sus fuerzas al ataque. Los primeros en entrar en combate fueron los medos, aunque sus jabalinas no estaban a la altura de las largas y recias de los defensores griegos, además no llevaban cascos de metal, ni grebas y sus grandes escudos eran de mimbre, en aquella angostura tampoco podían maniobrar fácilmente. Los lacedemonios se cubrían

con cascos de bronce, con sus penachos de caballo al viento, desde la frente hasta la nuca, salvo el del rey Leónidas, que iba de oreja a oreja, ese tipo de casco ofrecía una gran protección, pero mermaba su capacidad visual y auditiva y, por ello, era necesario que luchasen codo con codo con sus compañeros.

El torso estaba cubierto por una lóriga (*thórax*) broncea con peto y espaldar. Desde los hombros hasta medio muslo llevaban una túnica de lana sin mangas teñida de rojo que procedía del pigmento lechoso de los múrices de las costas de Laconia. La capa era del mismo color y textura, pero se libraban de ella para combatir; portaban grebas de bronce e iban descalzos, ya que las plantas de sus pies estaban curtidas por las carreras por terrenos espinosos y pedregosos, que realizaban desde la infancia. En el brazo izquierdo llevaban el *aspís*, que consistía en un gran escudo redondo de un metro de diámetro, que era de madera con un cerco de bronce y un revestimiento del mismo metal con la letra griega lambda mayúscula o L, que proviene del gentilicio *Lakedaimonioi* o Lacedemonios o Espartanos, estos podían emplear, además, sus propios blasones distintivos, tales como un león, un gallo de pelea, la mascarilla fúnebre de una de las Górgonas (eran divinidades marinas de la mitología griega, hijas de Forcis y Ceto: Esteno, Euríale y Medusa, esta fue muerta por Perseo, petrificaban a todo aquel que las miraba a los ojos) o una mosca gigante; el espartano de una falange portaba una espada corta y recta que remedaba una daga o un puñal. No obstante el arma patognomónica de los espartanos era una lanza de dos o tres metros de longitud, con el asta de madera de fresno, punta grande de hierro y contera de bronce. Los medos lucharon con desnudo, pero fueron desbaratados y diezmados por los hoplitas griegos; Jerjes observaba atónito la carnicería que Leónidas realizaba sobre sus soldados medos. La muralla focense restaurada iba a permitir a los griegos, merced a los relevos, sacar el máximo provecho de su actuación bélica con un gasto limitado de energías y de recursos; además pusieron en liza una treta, que no era habitual que la utilizaran en los combates normales y que consistía en que simulaban retiradas del combate seguidas de veloces acometidas y mortíferas contra un enemigo, que entraba al trapo repetidamente.

Al atardecer de esa jornada, Jerjes llegó a la convicción de que no le quedaba más remedio que poner en liza a sus diez mil Inmortales, comandados por Hidarnes, pero el número de sus bajas se incrementó. Los cadáveres se amontonaban y la sangre, con la consiguiente descomposición, atrajeron a un enjambre de moscas. El segundo día presentó el mismo cariz. La irritación y la frustración del Gran Rey eran terroríficas. Pero en algún momento de aquella segunda jornada apareció el traidor por antonomasia llamado Efialtes de Mélide, un griego dispuesto a contar al Gran Rey de los persas todo lo que sabía con respecto a la senda Anopea, su infamia fue de tamaña categoría que el propio Jerjes quedó tan sorprendido, que prefirió asegurarse sobre la delación y para ello envió, en misión de reconocimiento, a algunos de sus Inmortales, que en silencio y al anochecer se dejaron guiar por aquel traidor y sólo con la única luz de la luna llena del momento. Tras un esforzado y dificultoso ascenso, circundaron el campo de batalla y cogieron por sorpresa a los quinientos soldados focenses, poco preparados, que Leónidas había apostado allí y los aplastaron con facilidad, al alba los Inmortales aparecieron en la retaguardia de las tropas lacedemonias, cerca de Alpeno; una fuente posterior, Éforo citado por Diodoro de Siracusa, indica que el rey Leónidas había ordenado, previamente, ejecutar el magnicidio sobre Jerjes al enterarse de la traición de Efialtes, por la mediación de un desertor griego de las filas persas, llamado Tirrastíades. Lo que está claro es que los focenses, luchadores infatigables, pelearon por su supervivencia, hasta la extenuación y su consiguiente desaparición física del mundo de los vivos, una vez que sus odiados vecinos tesalios habían tomado partido por Persia. Leónidas dio permiso para abandonar el campo de batalla a la mayor parte de sus soldados y sólo se quedó con los espartanos, con su ineluctable séquito de ilotas, con los tespios que odiaban a muerte a los colaboracionistas de Tebas, con los voluntarios periecos que quedaban, todavía, con vida y con los cuatrocientos tebanos forzados que habían acudido como rehenes a la conflagración.

Leónidas preparó a sus exiguas tropas restantes para la lucha final a muerte. El rey de Esparta prefirió quedarse en las Termópilas y así permitía que los soldados que se habían retirado, pudiesen salir del desfiladero sin peligro y, además, de esta forma, la flota de Artemisio podría desenvolverse con mucha más efectividad. Al inicio del tercer día su augur oficial llamado Megistias examinó las entrañas del animal ritual de los espartanos y observó signos de lo más funesto, que indicaban “que iban a morir al rayar el día”, por ello rogó al rey que se le permitiese morir en las Termópilas, mientras que su unigénito se retiraba con los griegos que abandonaban la lucha. “Éste es el sepulcro del célebre Megistias (a quien cierto día mataron los medos, después de atravesar el río Esperqueo), un adivino que, aunque bien sabía que en aquellos momentos las Keres acechaban, se negó a abandonar a los adalides de Esparta”²⁰. El Gran Rey de Persia comenzó a realizar libaciones al dios sol nascente, y entre las nueve y las diez de la mañana, “a la hora en que el ágora se ve más concurrida”, los sayones aguijonearon a los soldados de la primera línea. Los griegos lucharon su última batalla en el exterior del muro de la puerta de en medio, para llegar a un cuerpo a cuerpo de inmediato. Entonces uno de los lacedemonios llamado Diéneces, dijo aquello de que: “si las flechas del ejército medo bastarían para tapar el sol, tanto mejor, ya que entonces combatirían, contra el enemigo, a la sombra y no a pleno sol”. Leónidas al dar a sus hombres la orden pertinente para que tomaran el desayuno dijo aquello de que: “Esta noche cenaremos juntos en el Hades (“el Oculto” o infierno de los helenos). Para llegar a la vida placentera de los Campos Elíseos o Paraíso, deberían tener una muerte honrosa y hermosa. En base al Oráculo de Delfos, que afirmaba que era vital la muerte de un rey de Esparta para poder vencer a los persas en la necesaria victoria final, el rey Leónidas luchó y murió como un poseído y el número de persas abatidos fue mucho mayor en este tercer día que en los anteriores. A partir de entonces los griegos lucharon con tanto empeño, que los persas tuvieron una dificultad añadida para intentar apoderarse del cuerpo del rey lacedemonio muerto y deshonrarlo como era su pretensión. Los helenos lucharon utilizando, incluso, sus manos y sus bocas, cuando ya habían perdido o roto sus armas. Para acabar con todo, los persas utilizaron las flechas, que les servían para evitar el cuerpo a cuerpo con aquellos griegos desahogados e iracundos. Los helenos habían matado ya a unos veinte mil soldados persas, incluyendo a dos hermanastros del propio Gran Rey; Jerjes se vengó y ordenó la decapitación del cadáver del rey Leónidas. Pero los griegos tenían otra forma de combatir y así se escribe que tras la victoria en la batalla de Platea (año 479 a.C.), Lampón de Egina se personó ante el regente del trono espartano, Pausanias, que mandaba a las tropas de la Hélade y le manifestó, sin circunloquios, que: “Como quiera que, a la muerte de Leónidas en las Termópilas, Mardonio y Jerjes ordenaron que le cortasen la cabeza y que la clavasen a un palo, si tú, en reciprocidad, haces lo mismo con el primero de ellos, serás elogiado, ante todo, por la totalidad de los espartiatas, pero también lo serás por el resto de los griegos, ya que, si mandas empalar a Mardonio, habrás vengado a Leónidas, tu tío paterno”²¹. El gran general de los griegos, sin inmutarse, le contesta: “Tal proceder es más bien propio de bárbaros que de griegos, y es algo que les censuramos ... a mí me basta con practicar la piedad, de obra y de palabra, con el beneplácito de los espartiatas”²².

Los soldados griegos más distinguidos en las Termópilas fueron: Diéneces en representación de los trescientos espartanos y Ditirambo por los tespios, también cita Heródoto a dos hermanos gemelos lacedemonios que se llamaban Marón y Alfeo. La derrota de los griegos, en las Termópilas, fue una herida (*troma*) para Esparta, pero no mortal, y la resistencia de los helenos no se desmoronó; Leónidas y sus trescientos espartanos permitieron, con su inmolación, que la marina ateniense hiciese estragos entre las fuerzas navales de los persas en Artemisio. Los griegos ganaron y perdieron, a la par, en las Termópilas. “En cierto sentido, las victorias últimas de Salamina y Platea no habrían sido posibles sin aquella derrota espléndida e inspiradora”²³.

²⁰ Heródoto, 7, op. cit.

²¹ Heródoto, 9, op. cit.

²² Heródoto, 9, op. cit.

²³ P. Green, 1996. “Las guerras Greco-Persas”.

6.LA LEYENDA DE LA BATALLA DE LAS TERMÓPILAS EN LA ANTIGÜEDAD-

El primer creador del mito griego sobre las Termópilas fue Critias, el dirigente supremo de la junta de los “Treinta Tiranos” de Atenas, defensor del régimen oligárquico y pro-espartano, en la capital del Ática del año 404 a.C., encontrándose bajo el manto protector del almirante Lisandro, espartano victorioso y que como es de rigor sería el *factotum* del régimen de terror instaurado en Atenas durante un año; en primer lugar había sido un alumno aventajado de Sócrates y emparentado con Platón, su obra literaria más destacada y didáctica es la *polieia*, que trata sobre el modo de vida de los lacedemonios, en prosa y en verso. Los propios espartanos crearon y desarrollaron, con diligencia, su mito sobre las Termópilas, sobre todo tras la batalla victoriosa de Salamina; para ello invitaron al general en jefe de las fuerzas griegas coaligadas, Euribíades el espartano y al genio naval ateniense Temístocles, a un acto de entrega de premios en Esparta. Ambos obtuvieron una simbólica corona de ramas de olivo, que remedaba a las de los ganadores de los Juegos Panhelénicos Olímpicos; a Temístocles se le ofreció una escolta oficial para que le acompañase sano y salvo hasta la frontera, el número cabalístico era, también, de trescientos, que era siempre la escolta militar de élite de los monarcas lacedemonios y que, por ello, había acompañado, luchado y muerto junto con su rey Leónidas en las Termópilas. Los espartanos muertos en el malhadado desfiladero lo fueron en representación de todos los griegos y no sólo por Esparta y, porque no decirlo, por la libertad de toda la Hélade; en esta parafernalia también se incluyeron las historias de los dos únicos lacedemonios que no murieron, con honor, en la terrible concusión bélica contra Persia, los cuales fueron glosados como ejemplificadores para aleccionar tanto en Laconia como en el resto de Grecia. El primero de ellos llamado Pantites, que se hallaba en Tesalia como embajador en el momento de la lucha final en las Termópilas, se ahorcó cuando regresó a Esparta, ya que se encontraba “deshonrado” por su involuntaria desertión; a causa de que su patria era el *desideratum* de la cultura del honor y de la vergüenza, por lo que no pudo aguantar el oprobio público, el cuadro psicopático sería el de la “culpa del superviviente”.

En el caso de Aristodemo, que fue en realidad el único superviviente del ejército espartano de los trescientos, se sabe que no se suicidó en el otoño del año 480 a.C., padeció la ignominia pública y el oprobio, pero se conoce que sufrió una queratoconjuntivitis tan intensa que estaba casi ciego, aunque uno de los muertos, llamado Éurito que también tenía esa misma enfermedad murió como un valiente en las Termópilas, a donde fue conducido por su ilota, no obstante Aristodemo decidió que era mucho mejor morir por Esparta otro día y en otras circunstancias. Heródoto recogió otro relato en Esparta con respecto al hecho y que estribaba en que al igual que Pantites, Aristodemo, fue enviado con otro compañero a realizar otra misión fuera del desfiladero de las Termópilas y en vez de regresar a tiempo para la lucha a muerte contra los persas, como hizo su acompañante, se retrasó a sabiendas, para conseguir salvar vida y hacienda. Tal era su deshonor que ningún lacedemonio le daría lumbre para encender el fuego de su hogar y es necesario colegir que los inviernos en Esparta solían ser crudelísimos. Además no podía sacrificar a los dioses y la sociedad espartana le haría el vacío más absoluto; a partir de este momento Aristodemo fue calificado como “el miedoso” (*tresas*), cómo no existía ninguna excusa para su comportamiento, se vio obligado a reducir su vileza en alguna cuantía cuando anunció que repararía su cobardía en la batalla de Platea (479 a.C.), donde, por su indiscutible categoría militar, se colocó entre los combatientes de la primera línea (*promachoi*), que eran los que se encargaban del cruento cuerpo a cuerpo. Los hoplitas lacedemonios avanzaban, acompasadamente, al son de sus flautas de doble lengüeta (*auloi*), los escudos trabados como si fuesen muros móviles de madera, pero poco antes del choque definitivo, Aristodemo, rompió la formación, no quedándose en el puesto que se le había asignado (*taxis*) y se lanzó, frenéticamente, contra el enemigo persa y buscó su propia muerte, pero no de acuerdo a un plan colectivo como debería haber hecho en las Termópilas. Heródoto nombra a Aristodemo cómo el hombre de la batalla, pero para sus conciudadanos, los más

destacados, en Platea, fueron Poseidonio, Filoción que poseía una importante colección del notable perro de caza espartano y Amonfareto. Pero en Esparta si se reconoció que Aristodemo había hecho un gran alarde militar, ya que había matado a varios enemigos antes de caer muerto en la refriega, pero había violado la ineluctable disciplina marcial de la milicia lacedemonia y eso era un crimen abyecto, todos estos exabruptos de los espartanos fueron calificados de insidiosos por Heródoto; todo lo que antecede demuestra la discrepancia existente entre Esparta y el resto de la Hélade, sobre el significado de la vida y de la muerte. Por tanto y en función de la habitual parquedad espartana para grabar documentación pública, la consideración honorífica de las Termópilas fue inconmensurable; los 298 fallecidos en la batalla fueron incluidos en una lista de bajas, que conllevaría la conmemoración oficial de la guerra. Heródoto memorizó la lista al completo, seis siglos después todavía se conservaba y así lo refirió el viajero Pausanias el Periegeta. En general los espartanos que morían en el extranjero eran enterrados en el mismo lugar.

«Un ciudadano del más mortal enemigo griego de Esparta, Argos, le dice orgulloso a un espartano: “En el territorio de nuestra ciudad, tenemos un montón de tumbas de espartanos”, a lo que el interlocutor replica: “Sí, en cambio nosotros no tenemos ninguna de los vuestros”, dando a entender que los argivos jamás había logrado penetrar en el suelo de Esparta»²⁴; pero los cadáveres de los reyes eran repatriados, este fue el caso de Leónidas y su funeral de Estado, que consistió en la suspensión de todas las actividades estatales durante once días de luto oficial. Las mujeres iban por toda la ciudad tocando timbales, a cuya señal dos miembros de cada familia de ciudadanos se ponían un atuendo de luto, bajo el riesgo de castigo o de multa si se negaban; la muerte regia era comunicada por jinetes a lo largo del enorme territorio de Laconia y Mesenia, lo que significaba que todas las clases sociales, incluyendo ilotas y periecos, tenían que estar representadas en persona en las exequias regias; en el caso del rey que había muerto en el extranjero, se enterraba una efigie (*eidolon*) en un engalanado catafalco, este fue el caso del rey Leónidas, ya que los griegos no pudieron impedir, a pesar de sus denodados esfuerzos, que el monarca lacedemonio fuese decapitado en las Termópilas, por orden expresa del Gran Rey Jerjes, por ello cuando los griegos lo recuperaron, una vez que el ejército persa se encontraba más hacia el sur, su cuerpo estaba ya muy descompuesto y el embalsamamiento en cera o miel era ya imposible. El desagravio se produjo unos cuarenta años después, cuando Esparta y Atenas estaban en un periodo de paz formal, por lo que un destacamento espartano se dirigió a las Termópilas, recuperando todos los supuestos restos del rey y fueron enterrados de nuevo en Esparta con toda solemnidad. Los reyes en Esparta se convertían, automáticamente, en héroes y una vez muertos, en semidioses y recibían un culto religioso perpetuo; pero para Leónidas todo sería diferente y especial, instituyéndose unas fiestas dedicadas, específicamente, a él, que serían las Leónidas, se celebraban en el Leonidaion, el templo dedicado al rey y a todos sus ritos y cerca de la Acrópolis; esta veneración también se aplicaría a otro caudillo espartano de la Segunda Guerra Médica, vencedor en Platea y regente de Plistarcos (el hijo de Leónidas), llamado Pausanias, pero la victoria sobre el Gran Rey se le subió a la cabeza, por lo que los lacedemonios le dieron un pequeño toque de atención, para recordarle que no había sido el *factotum* de la victoria en Platea; su estilo típicamente espartano no armonizaba bien con el estilo democrático ateniense, hacia el año 478 a.C. concibió la idea de ser un sátrapa persa en Grecia, todo ello hizo que el mando de las fuerzas en la campaña contra los persas pasara a manos de Atenas y de sus aliados. Tras regresar a Esparta fue tratado con toda dureza por los éforos, por haber conspirado con los ilotas para concederles la libertad y algún tipo de ciudadanía; se le encerró en un templo de la Acrópolis y se le privó de comida, cuando se encontraba casi muerto de inanición se le liberó para que pudiese morir fuera de la tierra sagrada y no contaminar el templo. Más adelante se le compensó y restituyó su honor, de forma póstuma, erigiéndose estatuas en su honor y, en cierto momento, se estableció su culto religioso junto al del rey Leónidas.

²⁴ P. Cartledge, op. cit.

En el centro de la ciudad de Esparta se construyeron dos monumentos permanentes como homenaje a las guerras greco-persas: 1) el santuario religioso Helenión (“lugar de los griegos”) y 2) la columnata llamada el “Pórtico Persa”, donde se labraron representaciones de cautivos persas. Pero Heródoto se puso del lado de Atenas y en contra de toda la prosopopeya propagandística de Esparta, en pos de dictaminar quien había hecho mayor gasto para la efectiva derrota de las tropas del Gran Rey Jerjes. «En este punto me veo necesariamente obligado a manifestar una opinión que será mal acogida por la mayoría de la gente; pero, pese a ello, como, de hecho, me parece que es verdadera, no voy a soslayarla. Si los atenienses, aterrorizados ante el peligro que se les venía encima, hubiesen evacuado su patria, o bien si, pese a no evacuarla, se hubieran quedado en ella, pero rindiéndose a Jerjes, ningún estado hubiese intentado oponer resistencia al rey por mar ... Pues no alcanzo a comprender cuál habría sido la utilidad (para los espartiatas) de las fortificaciones erigidas a través del Istmo de Corinto, si el rey hubiese sido dueño del mar. Lo cierto, en suma, es que, si se afirmase que los atenienses fueron los salvadores de Grecia, no se faltaría a la verdad, pues, de las dos alternativas existentes, la balanza debía inclinarse por la que ellos hubiesen adoptado. Y, al decidirse por la libertad de Grecia, fueron ellos, personalmente, quienes despertaron el patriotismo de todos los demás pueblos griegos que no habían abrazado la causa de los medos, y quienes –con el apoyo de los dioses, como es lógico- rechazaron al rey»²⁵. Este escrito es de los años 440-430 a.C., que es el momento en que Atenas subraya su papel liberador del yugo persa, para mantener el Imperio marítimo antipersa, comandado por la polis del Ática. Los atenienses, contrarios a la tiranía de Critias, defienden ese discurso, como por ejemplo Lisias (año 400 a.C.), pocos años después de la derrota ateniense en la Guerra del Peloponeso frente a Esparta, que manifiesta: «Mientras esta invasión (de Jerjes) preocupaba a Grecia, los atenienses subieron a bordo de sus barcos y fueron al rescate de Artemisa. Los espartanos y algunos aliados (de la coalición) se encontraron con los persas en las Termópilas. Creían que serían capaces de impedir la entrada de los persas gracias a los pasos estrechos de la zona. Las batallas se produjeron de forma simultánea. Pero mientras los atenienses vencieron en el mar, los espartanos fueron derrotados. No les faltó valentía, pero calcularon mal el número



Desfiladero de las Termópilas

de soldados de la guarnición necesarios y el número de atacantes. (No obstante) no fueron expulsados por el enemigo, pues murieron en el lugar donde se habían apostado para combatir». Lisias era un griego originario de Siracusa, emparentado con Pericles y riquísimo gracias a su fábrica de escudos militares, cuya mano de obra era esclava.

Hipérides escribe en el trágico momento histórico en que Atenas combate contra el gran rey Filipo II de Macedonia (año 338 a.C.); Esparta es enemiga de Macedonia, pero no va a formar parte de la coalición contra su hijo, Alejandro el Grande (desde los años 336 a 323 a.C.), porque en el año 331 a.C. los atenienses decidieron no apoyar al rey Agis II de Esparta, en la revuelta organizada contra el regente macedonio Antipater, que acabó en un desastre. “Mientras los bárbaros (persas) marchaban por el paso de las Termópilas una vez ocupado por

los espartanos, el general ateniense Leostenes (el verdadero héroe de la obra), tras ocupar las Termópilas, negó a Antipater la entrada en Grecia y es más, lo encerró en Lamia, Tesalia, no lejos del norte de las Termópilas”. Por tanto Alejandro Magno, tras la batalla del río Granico contra el Gran Rey Darío III Codomano de Persia (año 334 a.C.), ordenó

²⁵ Heródoto, 7, op. cit.

enviar a Atenas trescientas panoplias (armaduras y armas), para que fuesen una ofrenda a Palas Atenea en la Acrópolis ateniense. Catorce de ellos lo fueron para la parte delantera del gran templo ateniense, el Partenón. La dedicatoria rezaba: “Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos –excepto los lacedemonios- (brindan este botín) arrebatado a los bárbaros que habitan en Asia”. El joven rey de Macedonia consideraba su guerra contra los persas como una venganza por el sacrilegio llevado a cabo, por Jerjes, ciento cincuenta años antes, contra los atenienses en especial, ya que Jerjes y sus persas saquearon la Acrópolis sagrada de Atenas en el año 480 a.C. y en el 479 a.C. Los lacedemonios no participaron, ya que en esa época el imperialismo macedónico de Alejandro Magno era su mayor enemigo y no el de Darío III, hasta tal punto que colaboraron, a traición, con la resistencia persa contra Alejandro el Grande. Los espartanos se defendieron de esas guerras culturales, que pretendían borrarlos de la faz de la tierra. En el año 146 a.C. Roma dominó el sur griego de Macedonia. “La Grecia cautivó a su vencedor e introdujo en el agreste Lacio las artes...”²⁶.

En la Antigüedad los griegos consideraban a Roma como a una prolongación de su propia identidad e incluso hablaban de un cierto parentesco biológico entre romanos y lacedemonios. Por ello fue durante el principado del emperador hispano, Trajano, cuando los lacedemonios recuperaron la fiesta de las Leónidas como respuesta a la campaña que el emperador romano citado estaba realizando contra los partos, pueblo emparentado con los persas. El mecenas recuperador de la festividad fue Gayo Julio Agesilao, que había recibido el nombre de un antepasado suyo, que había obtenido la ciudadanía romana de Gayo Julio César Octaviano, el futuro Augusto, ya que los espartanos lo habían apoyado en su lucha contra su rival más encarnizado, Marco Antonio, aunque sus vecinos mesenios; que eran los antiguos ilotas liberados por el caudillo tebano, Epaminondas, tras la guerra contra Esparta en los años 370-369 a.C.; iban a apoyar a Marco Antonio, estar en el justo lugar en el momento preciso les produjo grandes beneficios a los espartanos. En estos momentos Esparta había evolucionado, enormemente, ya que la fiesta de las Leónidas poseía una feria comercial, donde los extranjeros estaban eximidos de los impuestos de importación y exportación e inclusive había un banco de intercambio comercial, la clásica xenofobia de los lacedemonios había desaparecido. «Tal como nos cuenta Heródoto, los espartanos de su época no distinguían, en su vocabulario, entre los no espartanos griegos: los llamaban a todos *xenoi*, mientras que los demás griegos normalmente diferenciaban entre *xenoi*, extranjeros que podían ser griegos o no, y *barbaroi*, extranjeros que, por definición, eran no griegos y, por tanto, bárbaros “inferiores”. En el siglo V, fuera de Esparta había incluso la opinión generalizada de que los espartanos practicaban regularmente expulsiones de *xenoi* por motivos tanto políticos como culturales»²⁷. Pero esto es una exageración, ya que algunos extranjeros fueron expulsados (Aristágoras de Mileto, año 500 a.C.), pero en otras ocasiones eran bienvenidos, como por ejemplo en la fiesta anual de la Gymnopedía, pero estos extranjeros eran aquellos que simpatizaban con el modo de vida de los lacedemonios. Por ejemplo Jenofonte de Atenas enviaría a sus hijos a Esparta para que fuesen educados por la corte de su amigo, el rey Agesilao II.

Los intelectuales retóricos y sofistas colmaban de elogios a la memoria del rey Leónidas, ya que representaba la atracción hacia el gran pasado histórico de los griegos. Plutarco escribió una biografía de Leónidas, que se ha perdido, pero se conserva la “Vida” del revolucionario rey Cleomenes III de Esparta (235-222 a.C.), donde escribe: «Cuéntase que preguntado Leónidas el Mayor acerca del concepto en que tenía al poeta Tirteo, respondió que le juzgaba muy bueno para aguzar los ánimos de los jóvenes, porque llenos de entusiasmo con sus poesías se arriesgaban sin cuidar de sí mismos en los combates». Tirteo era el poeta oficial de Esparta y sus odas se cantaban en las campañas militares lacedemonias hasta la época helenística temprana del siglo III a.C. Plutarco pretende sugerir un nivel de continuidad cultural altísimo durante unos ochocientos años, cuando sabe que el mundo antiguo ha cambiado, inexorablemente, y, en muchas ocasiones, no

²⁶ Horacio, Odas.

²⁷ P. Cartledge, op. cit.

para ir hacia una evolución positiva. Orígenes en el siglo III (hacia 185-253) realiza una comparación esclarecedora entre el misterio cristiano de la pasión del Cristo-Dios y la voluntaria muerte del rey Leónidas. En el siglo IV cristianos y paganos se enfrentaban con violencia y, en ese momento, Sinesio de Cirene alardeaba con orgullo de su linaje espartano, ya que Cirene había sido repoblada (siglo VII a.C.) por insulares de la polis de Tera, que eran refugiados provenientes de Laconia. Sinesio manifestó que descendía de Eurístenes, uno de los hermanos gemelos que habían dado origen a las casas reales de Esparta, los Agíadas (Leónidas era uno de ellos) y los Europóntidas. Sinesio se convirtió al cristianismo y fue un obispo cristiano humilde, orillando su pasión por la caza, que era una costumbre espartana que legitimaba, en la época de Leónidas, poderse ausentar de la mesa durante la cena. En el siglo III a.C. el Sumo Sacerdote de Israel, en Jerusalén, manifestó que los hebreos y los espartanos tenían a Abraham y a Moisés como antepasados comunes, el rey Areo de Esparta lo corroboró, según aparece en el libro bíblico de los Macabeos, de esta forma le era posible parar los pies a los agresivos reyes helenísticos seleúcidas, que los sojuzgaban. «Honor a aquellos que en su vida fijaron y defendieron unas Termópilas ... Y más honor aún se les debe cuando prevén (y muchos son los que prevén) que al final llegará Efiálfes y los medos por fin pasarán»²⁸. «*Tu regere imperio populus, romane, memento*».

-BIBLIOGRAFÍA-

- Aguilera, C. (1988): *Historia Universal. La Antigüedad y el Mundo Griego*. Sarpe.
- Alonso Troncoso, V. (1988): *Historias del Viejo Mundo. El genio de Grecia*. Historia 16.
- Alvar, J.; Bajo, F.; Plácido, D. y Mangas, J. (1994): *Historia Universal. Historia Antigua*. Historia 16.
- Arce, J. (1988): *Historias del Viejo Mundo. Bajo el palio del Gran Rey*. Historia 16.
- Asimov, I. (1982): *Los Griegos*. Alianza.
- Ballesteros, M. y Alborg, J. L. (1973): *Historia Universal hasta el siglo XIII*. Gredos.
- Baltrusch, E. (2002): *Esparta*. Acento.
- Bengtson, H. (2005): *Historia de Grecia*. Gredos/RBA.
- Black, J. (2005): *Las setenta grandes batallas de todos los tiempos*. Círculo de Lectores.
- Blázquez, J. M.; López Melero, R. y Sayas, J. J. (1999): *Historia de Grecia Antigua*. Cátedra.
- Burckhardt, J. (2005): *Historia de la cultura griega*. RBA.
- Cabanes, P. (2002): *Atlas histórico de la Grecia Clásica*. Acento.
- Camp, J. y Fisher, E. (2004): *El mundo de los antiguos griegos*. Blume.
- Cartledge, P. (2001): *Los Griegos*. Crítica.
- Cartledge, P. (2007): *Termópilas*. Ariel.
- Devismes, F. (1989): *Historia de las Grandes Civilizaciones*. Espasa Calpe.
- Domínguez Monedero, A. J. y Pascual González, J. (1999): *Esparta y Atenas en el siglo V a.C.* Síntesis.
- Droysen, J. G. (2001): *Alejandro Magno*. Fondo de Cultura Económico.
- Durando, F. (2001): *Grecia Antigua*. Óptima.
- Fernández Nieto, F. J.; García Quintela, M. V.; Melero, A. y Tsiolis, V. (2000): *Historia de la Humanidad. Grecia Clásica*. Arlanza.
- Fernández Nieto, F. J. (coord.) (2005): *Historia Antigua de Grecia y Roma*. Tirant Lo Blanch.
- Fornis, C. (2003): *Esparta*. Crítica.
- Funke, P. (2001): *Atenas Clásica*. Acento.
- Gómez Espelosín, F. J. (2001): *Historia de Grecia Antigua*. Akal.
- Gómez Pantoja, J. (coord.): *Historia Antigua (Grecia y Roma)*. Ariel.
- Heródoto (1999): *Historia (Ed. Balasch)*. Cátedra.
- Heródoto y Diodoro de Sicilia (2007): *La Batalla de las Termópilas*. RBA/Gredos.
- Hidalgo, M. J.; Sayas, J. J. y Roldán, J. M. (1998): *Historia de la Grecia Antigua*. Universidad de Salamanca.
- Holland, T. (2007): *Fuego Persa*. Planeta.
- Juliá Díez, S. (1983): *Introducción a la Historia*. Mensajero.
- Lane Fox, R. (2007): *El Mundo Clásico*. Crítica.
- Lendon, J. E. (2006): *Soldados y fantasmas*. Ariel.

²⁸ Konstantinos Kavafis, poeta alejandrino, Siglo XX.

- López Melero, R.; Plácido, D. y Presedo, F. (1998): *Historia Universal. Edad Antigua. Grecia y Oriente Próximo*. Vicens Vives.
- Mansuelli, G. A. (1972): *Las Civilizaciones de la Europa Antigua*. Juventud.
- Montanelli, I. (1982): *Historia de los griegos*. Plaza y Janés.
- Montenegro, A. y Solana, J. M. (1986): *Gran Historia Universal. La Grecia Clásica*. Nájera/Club Internacional del Libro.
- Oliva, P. (1983): *Esparta y sus problemas sociales*. Akal.
- Osborne, R. (1998): *La Formación de Grecia, 1200-479 a.C.* Crítica.
- Osborne, R. (2002): *Historia de Europa, Oxford. La Grecia Clásica*. Crítica.
- Pal, E. de R. (1986): *Historia Universal. El Mundo Griego*. Mensajero.
- Petit, P. (1986): *Historia de la Antigüedad*. Labor.
- Picazo, M. (1989): *Historia del Mundo Antiguo. Griegos y persas en el Egeo*. Akal.
- Pomeroy, S. B.; Burstein, S. M.; Donlan, W. y Roberts, J. T. (2001): *La Antigua Grecia*. Crítica.
- Roaf, M. (2005): *Grandes civilizaciones del pasado. Mesopotamia*. Folio.
- Ruipérez, M. S. y Tovar, A. (1983): *Historia de Grecia*. Hora.
- Sekunda, N. (2005): *The Spartan Army*. Osprey.
- Spivey, N. y Squire, M. (2005): *Panorama del Mundo Clásico*. Blume.
- Strauss, B. (2006): *La Batalla de Salamina*. Edhasa.
- Struve, V. V. (1986): *Historia de la Antigua Grecia*. Akal/Sarpe.
- VV. AA. (1985): *Grandes Imperios y Civilizaciones. Atenas y Esparta*. Sarpe.
- VV. AA. (2002): *Historia Universal. Larousse. La Edad de Oro de Grecia*. RBA/Spes.
- VV. AA. (2004): *Historia Universal. Grecia*. El País/Salvat.
- Walker, J. M. (1999): *Historia de la Grecia Antigua*. Edimat.-